

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 26. — N° 774.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

El congreso de estadística en Florencia; grabado. — **El fondo de la copa.** — **Poesía.** — **Datos curiosos.** — **Sucesos de Sinalunga;** grabado. — **Academia imperial de música;** grabado. — **Guerra del Paraguay;** grabado. — **Huracan en Valparaiso;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Invencciones y descubrimientos.** — **Inauguracion del ferro-carril de Deux-Charentes;** grabados. — **Debe y haber.** — **Exposicion universal de 1867;** grabados. — **Oliverio.** — **Mapa de los Estados Romanos;** grabado.

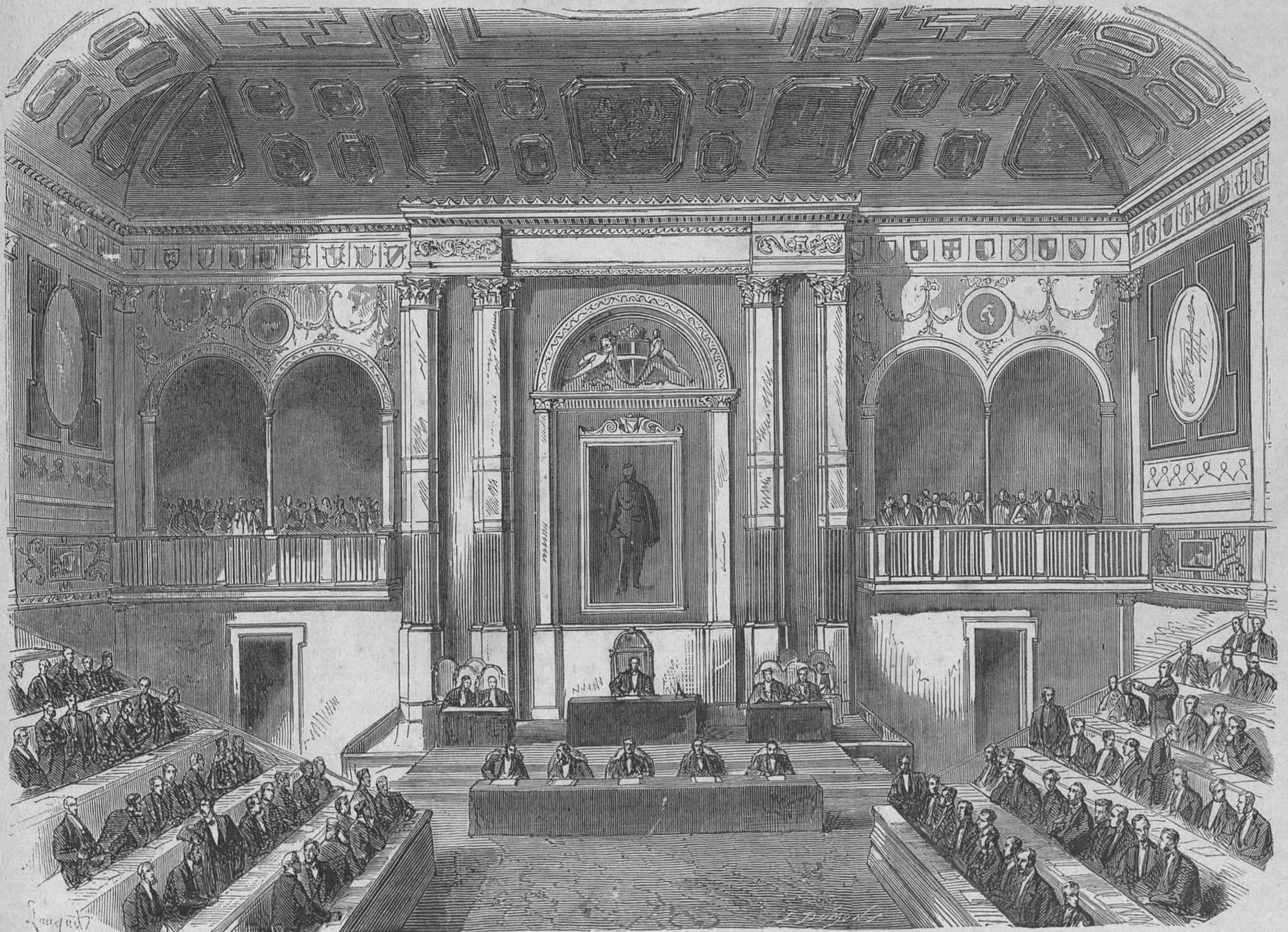
El congreso de estadística en Florencia.

Lo primero que tenemos que decir sobre este congreso de estadística reunido en Florencia, es que ha obtenido el mejor éxito. Perfectamente organizado por el señor Maestri, el jefe de oficina de estadística de Florencia, ha reunido unos seiscientos miembros, de los cuales habia ciento cincuenta extranjeros. Casi todos los gobiernos de Europa se encontraban allí representados, ya por sus

delegados especiales, ya por sus hombres científicos mas distinguidos.

Las reuniones del congreso de estadística se celebraban en el salon del Senado, en los oficios, en ese edificio donde se halla la famosa galeria que comunica con la del palacio Pitti al través del Arno. El salon del Senado es moderno, de una hermosa arquitectura, aunque un poco cargada de ornatos.

El congreso se habia constituido en ocho secciones, á saber :



FLORENCIA. — Una sesion del Congreso de estadística en el salon del Senado italiano

I. Teoría y técnica de la estadística; — II. Topografía; — III. Estadística agraria; — IV. Estadística comunal; — V. Estadística de la circulación monetaria y fiduciaria; — VI. Estadística moral y jurídica; — VII. Estado militar; — VIII. Educación.

La sesión de apertura tuvo lugar el domingo 29 de setiembre bajo la presidencia del señor Blasiis, ministro de Agricultura y Comercio. En un discurso pronunciado en italiano, el presidente del congreso recordó que entre las satisfacciones y alegrías de que disfrutaba la Italia hacia algún tiempo, al cabo de largos siglos de infortunio, contaba en primer término, el gozo de recibir en el centro de su nacionalidad reconstituida á los representantes de la civilización moderna, reunidos en congreso para traer á la obra común los resultados de sus investigaciones sobre los fenómenos más diversos de la civilización. «La estadística, dijo, tiende á instruir y guiar á los Estados, y se hace eminentemente útil para los que disfrutan de un gobierno libre, y tratan de dirigir los asuntos públicos, no según el capricho de los individuos y con la autoridad que se impone, sino según la razón de los hechos, y las demostraciones que persuaden y convencen.»

Nuestros lectores comprenderán que nos es imposible citar los nombres de los miembros de este congreso, así como tampoco daremos una idea de la importancia de esta reunión científica y el valor de sus trabajos: lo único que entra aquí en nuestro dominio, es la parte pintoresca de esta fiesta científica.

Gracias al celo del señor Maestri, la recepción hecha por el comité florentino á los miembros del congreso, ha sido tan brillante como variada. Después de la sesión de inauguración, hubo una gran recepción por parte del síndico de Florencia, en los Cascine, vasto paseo á la orilla del Arno. Dos músicas militares, una para el público y otra para nosotros, animaban el cuadro, no menos que un ambigü abundantemente provisto de pastillos italianos y vinos generosos.

Pero la principal de las recepciones, fué la de los ministros Rafazzi y Blasiis, en el Barghello, el antiguo palacio de los podestats de Florencia. Una bonita iluminación realzaba los detalles góticos del monumento. Las salas abovedadas resplandecían con el brillo de las luces, de las flores y de las señoras vestidas de toda etiqueta.

Un gran banquete en el teatro Pagliano, un concierto en la Pergola y una comida en el palacio Pitti, completaron esta serie de fiestas dadas á propósito de la mas árida de las fiestas, con un sentimiento de la armonía y el contraste, digno de la sociedad florentina. Es probable que el próximo congreso tendrá lugar en Suiza ó en Holanda.

W. R.

El fondo de la copa.

I.

Era una tarde del florido abril, cuando el sol se oculta tras cortinajes de doradas nubecillas, cuando las aves buscan un asilo entre las ramas, cuando la sombra de los árboles y las peñas se va tornando por grados gigantesca prolongándose como una mole informe sobre el musgo de los prados. Cuando los insectos se esconden en el cáliz de las flores, sueltan las fuentes sus mas apacibles murmurios, suspira mas blandamente el aura, y los ecos hallan en las concavidades de la tierra un eco mas misterioso y prolongado.

A esa hora deliciosa, y en las bellas cercanías de Andújar, que son un traslado del paraíso, el alma se siente casi agobiada bajo el peso de dulces emociones é inexplícables delicias. Allí, en donde por todas partes brotan ramilletes de flores, en donde el ambiente está sobrecargado de perfumes, allí es en donde mejor se comprende la existencia de Dios, y de su hijo el sentimiento.

A la hora y en la tarde de que hablamos, que era el día 2 de abril de 1836, hallábase dos jovencillas y un sacerdote de mediana edad, sentados los tres sobre un fragmento de columna, cubierto de verde musgo.

El sitio en donde se hallaban era Andújar el viejo, que está situado una legua mas arriba de la ciudad moderna, y aquella columna monumental habia formado parte tal vez de la antigua Illiturgis, que tuvo la intrepidez de proclamar su amistad hácia Cartago, delante de las embravecidas huestes de P. Escipion, á su vuelta de Africa, y el altivo romano la entró á sangre y fuego, después de una heroica resistencia.

Imposible es describir con palabras el magnífico paisaje que desde aquel sitio se ofrece á las miradas. A un lado las peladas crestas de Sierra Morena, cubiertas de nieves sempiternas, con sus laderas que ostentan una vegetación lozana y bosques seculares; al otro el caudaloso Guadalquivir, que pasa cortando en dos un valle ameno y dilatado, y mas abajo Andújar, con su aspecto morisco, con sus altas torres y sus perfumados jardines. Y para completar el bello panorama, un cielo azul y trasparente, cantos y armonías que nacen aquí y allá, que aquí y allá se extinguen pregonando su hermosura.

Peró no hay belleza sin contraste: mientras se desarrolla ante los ojos del viajero tan espléndido paisaje, sus piés huelan las lápidas mortuorias que formaron el pavimento de una antigua iglesia, y descubre por todas partes, cerca de sí, trozos de murallas, torres derruidas y montones de piedra cubiertos de verde musgo.

¡La muerte y la vida confundíndose siempre en un eterno abrazo!

Los tres personajes de quienes hablamos no pensaban en nada de esto, absortos en una acalorada discusión.

— Sí, decía la mayor de las dos jovencillas, dentro de ocho dias estaré en Madrid: tendré coches, galas y numerosos criados; frecuentaré los bailes, los teatros; seré la reina de los elegantes círculos sociales, porque Conrado es rico, inmensamente rico, y está orgulloso con el esplendor de mi hermosura.

En efecto, la que hablaba así era perfectamente hermosa y altiva, formando un raro contraste con su compañera, pálida, dulce, tímida, pero sin ningun brillante atractivo.

— ¡Oh, qué existencia tan dichosa me espera! prosiguió con entusiasmo la jóven. ¡Esta es la realización de mis sueños, el cumplimiento de mis mas bellas esperanzas! ¡Era pues la voz del destino la que murmuraba en el fondo de mi corazón, presagiándome un porvenir brillante!

— Pero, hermana, se aventuró á decir la otra, tú apenas conoces á Conrado, no le has visto mas que un dia, ¡cómo es posible que le ames!

La jóven se sonrió con desden.

— ¿Y para qué necesito amarle? repuso. Me coloca en una envidiable posición, y esto me basta.

— ¿Confías en su cariño?

— ¡Qué me importa!

— ¿Y dejas sin lágrimas á tu pobre padre ciego? ¿Quién le dará el brazo en sus paseos? ¿quién le alegrará en las tristes veladas del invierno?

— ¿No le quedas tú por ventura?

— ¡Oh! yo soy una niña, y mis palabras no bastan á distraerle y consolarle. Además, estoy tan débil, tan enfermiza... ¡Dios quiera prolongar mi existencia hasta que él baje á la tumba!

— Pero, Teresa, ¿pretendes que me quede soltera por todas esas vanas consideraciones?

— ¡Oh, no! Roberto te ama y tú le amabas. Habia ya recibido tu juramento y la bendición de nuestro padre. Yo no sé qué extraña fascinación obró en tí ese hombre. Por la mañana fuiste á Andújar, lleno tu corazón de la imagen de Roberto, y por la tarde ya habias roto los lazos que te unian á tu compañero de la infancia.

— La fascinación es muy fácil de explicar. Conrado es mejor partido.

— Pero tambien Roberto es rico. Esa casa, que está enfrente de la nuestra, es suya; posee muchos rebaños que pastan en el monte, muchas tierras que le dan ótimos frutos.

— Sí, pero es como la ostra adherida á la roca que le sustenta, ¿y quieres tú que yo sepulte mi hermosura en este rincón del mundo?

— Pero él te ama, Ernestina, y va á ser muy desgraciado.

Brilló en los ojos de esta un relámpago de vanidad satisfecha, y respondió con insultante ironía:

— Pues hermana mia, si tanto le compadesces, ¿por qué no curas las heridas que yo le bago? ¿Por qué no te casas con él?

La pobre niña retrocedió algunos pasos y se llevó ambas manos al corazón, como si acabase de recibir un golpe de muerte. Cuando levantó la cabeza, estaba livida, y dos gruesas lágrimas pugnaban por asomarse á sus ojos azules y melancólicos.

— Lo que haces no está bien hecho, Ernestina, dijo entonces el sacerdote moviendo tristemente la cabeza; y el que aquí siembra lágrimas, recoge en cambio amargura, no lo olvides. Supuesto que has leido en el corazón de tu hermana, deberias prosternarte ante ella y adorar su abnegación y sus virtudes. No, nada de lo que haces está bien hecho. Recuérdalo: tú pusiste en juego toda clase de ardidés para apoderarte del alma de Roberto y arrebatársela á tu hermana, y ahora son tres seres los que lloran tu inconsecuencia y tu abandono. ¡Ah, no son estas las máximas que yo he procurado grabar en tu alma juvenil, no! Un lazo anudado por el egoísmo se convierte en una cadena de hierro; un juramento pronunciado sin buena fe es una blasfemia, y la blasfemia es una ponzoña que acaba por abrasarnos las entrañas. No haces tan solo una ofensa á Dios, proclamas una mentira, y luego te faltarán las fuerzas para sostenerla á la faz del mundo... Guárdate, Ernestina; el matrimonio nos impone deberes sagrados de una consecuencia tan trascendental y tan grande, que no hay ningun delito comparable con el delito de violarlos. Puesto que tu alma es muda, que tu corazón está seco, no hablaré á tu alma ni á tu corazón: hablaré tan solo á tu egoísmo. Piensa que nada son el lujo y los placeres, si la paz y la concordia no se asientan á la cabecera del lecho nupcial; piensa que el matrimonio sin amor y sin deber, es para el hombre lo que el lóbrego calabozo para el condenado á muerte. Como él, vive en las tinieblas, y solo podrá saludar el sol cuando tronche el verdugo su cabeza. La paz y el amor son los dioses penates del matrimonio; son los dioses penates que Eneas pensó en salvar antes que su propia vida. Hay un refrán vulgar, que como todos los refranes sancionados por el tiempo y la experiencia, encierra una verdad infalible. Este es: *Quien mal hace, mal encuentra.* ¡Tú haces mal, ay de tu vejez, Ernestina!

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras el sacerdote, cuando la jóven se levantó impaciente, y se alejó por una frondosa calle de árboles.

Sus dos interlocutores la siguieron guardando un triste silencio.

A la noche siguiente, una de las mejores casas de An-

dújar el viejo estaba profusamente iluminada, y salian de su interior torrentes de armonía.

Es que se solemnizaba con un baile el casamiento de Ernestina, verificado aquella misma tarde.

Tanto como era mayor el bullicio que resonaba dentro de la casa, tanto era profundo el silencio que reinaba en torno de ella, y hasta los pájaros cantores de la noche, parecían haber enmudecido para recoger los ecos de aquella alegre música; hasta la brisa habia interrumpido sus quejas, y la fuente sus murmurios.

Un hombre estaba sentado en el tronco de un árbol, y tenia la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Era Roberto.

Una sombra blanca salió furtivamente de la casa, y acercándose á él, puso una mano sobre su hombro.

Roberto levantó la cabeza; y sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

— ¡Teresa! exclamó sollozando.

Teresa se sentó junto á él y lloró en silencio: lloraron en silencio mucho tiempo.

Una tórtola solitaria, que estaba sobre una rama vecina, despertó, y mezcló á los ayes de aquellos dos seres infortunados su tristísimo lamento.

¡El dolor que se comparte deja de ser dolor, pierden su amargura las lágrimas que se juntan con otras lágrimas!

¡Dichoso el que en los momentos de prueba, puede confundir su ser con otro ser amante y compasivo!

Al cabo de algunos momentos, Roberto levantó la cabeza; ya no lloraba: brillaba en sus ojos la santa resignación de un alma fuerte; la fe del martirio resplandecía en su rostro.

— ¡Gracias, mi ángel bueno! exclamó con entusiasmo. ¡Nunca olvidaré este instante! Tú me has recordado que soy cristiano: que es preciso luchar y vencer en las crueles batallas de la vida. ¡Viviré, triunfaré de mi mismo! ¡Adios!

Levantóse Roberto al hablar así, estrechó con efusión las manos de Teresa, y se internó en la espesura.

La jóven permaneció inmóvil hasta que le hubo perdido de vista.

Quando entró en la sala del baile, sonreía al través de sus lágrimas. Acababa de experimentar todas las alegrías de los ángeles, porque habia vertido el bálsamo del consuelo sobre un corazón despedazado.

II.

Habíanse pasado quince años desde el anterior suceso, y hé aqui lo que escribia Teresa, sentada debajo de un emparado, en una mañana del mes de abril, mientras cantaban en su derredor las avejillas, mientras balaban en el prado las ovejas, y las flores se balanceaban sobre su frondoso tallo.

«Leo en tu carta que eres muy dichosa, Ernestina, y no obstante, desde que Clara, tu buena nodriza, ha vuelto, siento un pesar que me tortura el alma. Dice que habitas en un espléndido palacio, que tienes una multitud de criados, muebles magníficos y deliciosos jardines. Dice que tienes tres coches, uno de ellos, el mas hermoso, con tus armas esculpidas en la portezuela, y tirado por dos caballos tordos, que no los hay mejores en las caballerizas de la reina. Me ha contado que tus salones están siempre llenos de personajes de la alta aristocracia, y que todos te adulan y te rinden homenaje. No sé cuántos miles de reales supone que te costó tu último traje, para concurrir al baile de palacio. Es una suma tan fabulosa, que se estremece el corazón al pensar que has podido gastarla fútilmente en una noche.

» Tambien me ha referido tu método de vida, que me parece extraño. Afirma que te levantas á las dos, que te desayunas, y consagras al tocador dos horas. A las cinco sales á paseo ó recibes visitas. Comes á las ocho: á las diez vas al teatro, en el cual sueles permanecer hasta las doce, y á esta hora te diriges á alguna espléndida fiesta, en donde trascurren dulcemente los instantes, hasta que el alba se asoma por el Oriente.

» Soy una pobre campesina, y no sé hallar el encanto de esta vida; pero en cambio otros detalles me han llenado de angustia y de zozobra.

» Tú ocupas un ala del palacio y tu marido la opuesta. La habitación de tus hijos está completamente separada de la de ambos. Vosotros dos apenas intervenís en su educación: primero el ama, luego el aya, y ahora los preceptores, os relevan de todo deber, de todo cuidado. Los criados de cada uno, los amigos, las relaciones, todo es distinto. A veces se pasan ocho dias sin que tú veas á Conrado, sin que este vea á sus hijos.

» Como no sea en los dias de convite, nunca comeis juntos: tú, con tus amigas, á quienes él no conoce; él, con sus amigos, que acaso le guien al precipicio. A veces no duerme en su casa, y tú no lo sabes: bien es verdad que á él le sucede lo mismo con respecto á tí.

» Tampoco las relaciones de tus hijos son las tuyas ni las de tu marido. Si os hallais por casualidad en una reunión, os saludais con tanta ceremonia como si fuerais unos extraños. En los veranos, tú te vas á baños, Conrado á Paris, y tus hijos se quedan en Madrid.

» La pobre Clara está aturdida, y refiere con cándida sorpresa que un dia, por una torpeza de los criados, Conrado recibió la visita de un amigo tuyo, á quien no conocia. Después de una graciosa escena muda, tu marido tomó la determinación de llevarlo á tu santuario, en el cual, sin embargo, no pudo entrar, porque se lo

prohibió la doncella. Al cabo de diez minutos, salió esta misma, é introdujo al visitante, mientras tu marido se volvía silbando á su aposento.

» Otras muchas cosas me ha contado, á las cuales no quiero dar asentimiento; pero ¿á dónde os conducirá todo esto?

» ¡Ah, créelo, tiemblo por tí, y ninguna mañana de ir á la ermita de Santa María de la Cabeza, en donde rezo una salva á nuestra venerable patrona, para que te guíe, te ilumine y te proteja!

» Ahora te hablaré un poco de mí. Mi existencia es muy monótona, muy uniforme, pero vivo contenta y tranquila, porque puedo hacer algún bien, y sembrar consuelo en torno mio.

» Nuestro buen padre envejece aprisa, y sobre ser viejo, está ya casi paralítico, de modo que es un milagro la prolongación de su vida.

» También nuestro venerable cura, que ha venido á habitar con nosotros, envejece.

» Yo sufro algunas veces al verlos sufrir, pero otras me siento muy dichosa cuando ambos me bendicen y me llaman su ángel bueno.

» Olvidaba hablarte de un antiguo amigo: miento, no le olvidaba, pero no me atrevo á pronunciar su nombre.

» Roberto, que como sabes, después de tu casamiento emprendió un largo viaje, está de regreso en Andújar.

» Nunca te había dicho que yo era la administradora de sus bienes, que gracias á Dios, le he devuelto en mejor estado.

» Su fisonomía es siempre triste, pero no expresa ya aquel dolor agudo, aquel horrible decaimiento que estaba antes pintado en su semblante. Está muy cambiado, y puedo asegurarte que en ventaja suya, físicamente. En cuanto á sus cualidades morales, es siempre el mismo: bueno, afectuoso, complaciente.

» Viene todas las noches á vernos, y sentados los cuatro delante del hogar, yo trabajo, y él lee, ó nos refiere sus viajes.

» ¿Cuándo te volveré á ver, hermana? Hoy hace quince años que nos hemos separado, y no se pasa ni un solo día sin que nuestro buen padre pida á Dios la gracia de bendecirte, antes que le sorprenda la muerte.

» ¡Ven, Ernestina, ven!... ¡Ven á buscar un momento de reposo en nuestros brazos!

III.

Habíanse pasado diez años más desde que Teresa escribió la precedente carta, y era todavía la brisa del mes de abril, la que rizaba el agua de las fuentes, la que suspiraba entre las hojosas ramas de los árboles.

Nada había cambiado de aspecto en la rústica casa. Las mismas enredaderas cubrían sus ventanas bajas, los mismos árboles la daban sombra. Sin embargo, delante de la puerta, sobre la alfombra de musgo, brillante con el rocío de la mañana, jugaban cuatro niños, hermosos como los ángeles.

El mayor tenía nueve años; la menor era una niña graciosa y sonrosada.

De repente resonó el alegre tañido de una campana, y los cuatro corrieron á una sala baja que servía de comedor.

Había preparada allí una larga mesa cubierta de manteles más blancos que la nieve, y sentado á su testero, veíase al anciano paralítico.

Los niños fueron respetuosamente uno tras otro á besarle la mano, y él en cambio los bendijo con paternal ternura.

Casi al mismo tiempo entraron un hombre y una mujer, cogidos de la mano, y sonriendo con la inefable sonrisa de los justos. Eran Teresa y Roberto. Eran las dos almas amantes que Dios había por fin reunido: eran los dos corazones apasionados que ya no producían más que un latido. Ella que había alimentado durante quince años la llama de aquel amor casto, de aquel amor sublime, de aquel único y verdadero amor, formado de abnegación y de pureza que sienten los serafines; él que había necesitado quince años para borrar del suyo la imagen adorada.

Y Dios los había por fin reunido, porque eran dignos el uno del otro; Dios los había reunido, como se reúnen dos amantes pajarillos en un mismo rayo de sol, después de la tormenta, y eran tan felices como es posible serlo en esta tierra de dolores.

¿Qué más podían desear? Recibían todos los días la bendición de su padre y del buen cura, y sus hijos crecían á su sombra adornados de gracias y de virtudes.

Su hacienda prosperaba con el incesante cuidado: sus campos estaban mejor cultivados que los otros, y se había aumentado considerablemente el número de sus rebaños.

En aquella modesta casa habían erigido su templo la paz y la ventura. Los criados envejecían allí con los años, los pobres de la comarca formaban sinceros votos para que el cielo los colmase de beneficios, y tenían muchos amigos que les atestiguaran su consideración y su cariño.

Teresa y Roberto se acercaron también á besar la mano de su padre, y dieron sonriendo los buenos días al sacerdote, que acudía presuroso de la iglesia.

El almuerzo fué alegre y expansivo, presidido por el amor y la franqueza.

A los postres un criado trajo una carta. Teresa dió un grito de júbilo.

— Es de Ernestina, dijo, y leyó en alta voz lo siguiente:

« Querida hermana: deseo que vengas á pasar algunos días conmigo, estoy enferma, y confieso que tengo algunos motivos de amargura. Tú, sin duda, sabrás que hace algunos años mi marido y yo vivíamos separados amigablemente; pero hace dos que las cosas llegaron á tales términos, que me ví obligada á pedir el divorcio. Conrado habitaba en París con una bailarina, de la cual tiene muchos hijos, y eran tan desordenados sus gastos, que no pudo seguir enviándome la pensión que me había prometido.

» Empezó por pedirme á mi hija mayor, si quería seguir recibiendo. Esto no era más que un pretexto para aplazar el pago de lo que legítimamente me pertenecía. Yo estaba muy apurada, necesitaba dinero, no podía aguardar la decisión de los tribunales: cedi, le envié á mi hija. ¡Ay, la pobre niña vive allí confundida con los hijos bastardos, y al lado de esa mujer que es peor que una madrastra!

» Pero este sacrificio no bastó: ya te he dicho que era sólo un pretexto para ganar tiempo. Seguí careciendo de todo, y tuve por fin que entablar la demanda, cuya tramitación ha sido larga y enojosa. Así, Teresa, él ha hallado infames que me calumniasen, y me acusaran de deslices que nunca he cometido.

» En último resultado, solo por medio de empeños he podido lograr que no se me encerrase en una horrible reclusión, y no ha sido pequeño triunfo el conseguirlo.

» Ya se ve, tenía que luchar sola contra todos, porque no sé si te he dicho que Andrés, mi hijo mayor, se ha casado con una muchachuela del pueblo, que se ha ido á Barcelona, y solo piensa en la grosera familia que se ha formado. El otro ha muerto desgraciadamente en un desafío. ¡Me encuentro sola, ya ves si necesito de tus consuelos!

» Además, estoy fatigada de la vida: yo no quería decirte; pero hace tiempo que me siento fatigada.

» ¡Las costumbres han cambiado tanto de ocho años á esta parte! ¡Los hombres se han vuelto groseros, y las mujeres han acrecentado su desvergüenza y su coquetería!

» La esposa de tino de mis amigos, que ahora ha cometido la torpeza de casarse con una niña, dice que el cambio consiste en que yo me he vuelto vieja; pero no es verdad, porque cuando consulto el espejo, me encuentro aun bastante hermosa.

» ¿En qué consiste pues que mis salones están desiertos; que lejos de producir sensación como antes, cuando entro en una sala, todos se desvían de mí y me vuelven la espalda? No sé, no lo adivino, estoy confusa. Pero sobre todo estoy triste, muy triste. Esta soledad material y moral me abruma; me parece que vivo en un desierto.

» Ven, Teresa, ven: necesito el calor de un alma que dé calor á la mía, helada y muerta.

» Ven, tú me dirás ingenuamente en qué consiste todo esto. Ven, que te aguarda con impaciencia tu Ernestina.»

La lectura de esta carta hizo verter á la virtuosa familia las primeras lágrimas de amargura, después de diez años de inalterable contento.

Aquella misma tarde, Teresa y Roberto se pusieron en camino para Madrid; pero ¡ay! que cuando llegaron delante de la fastuosa mansión en donde habitaba su hermana, hallaron el portal obstruido de gente, y supieron con dolorosa sorpresa la muerte repentina de la que tan brillante papel había representado en el mundo.

Teresa penetró con el corazón despedazado en aquella casa, en donde no debía hallar ya más que un cadáver yerto.

Las puertas estaban abiertas; atravesó los salones, adornados con un lujo verdaderamente regio, porque la infeliz esclava del mundo á todo había renunciado menos á la apariencia, y se halló por fin en la cámara mortuoria.

En el lecho, solo, frío, abandonado, yacía el cadáver; á los pies de la estancia, sentados al rededor de una mesa, estaban un escribano y algunos alguaciles, que en nombre de la ley hacían un inventario de cuanto existía en la casa.

Allí no había esposo é hijos que llorasen: el esposo y los hijos estaban ausentes de la corte, y cada cual se había formado una familia nueva, no hallando calor ni abrigo en el conyugal y materno seno: allí no había amigos que se condolieran de la que había dejado de existir, porque los amigos de salón lo son únicamente en las prosperidades de la vida. En cuanto á los criados, habían desaparecido, llevándose sus alhajas...

¡Aquella mujer tan adulada había muerto sin ver en su derredor un rostro amigo!

¡Las lágrimas de Teresa y de Roberto fueron las únicas que descendieron sobre sus párpados abiertos!

Los dos esposos hicieron embalsamar el cadáver y lo llevaron consigo, á su rincón del mundo.

El día que lo sepultaron en el cementerio de Andújar el viejo, todos sus habitantes asistieron á la lúgubre ceremonia. Teresa, Roberto y sus hijos, arrodillados junto á la entreabierta sepultura, veían copiosas lágrimas, y el pueblo, conmovido, oraba en voz baja.

— ¡Hijos míos, exclamó el anciano cura en medio del universal silencio; esta infeliz, á quien yo eduqué en el santo temor de Dios, dando rienda suelta á su orgullo y á su ambición, ha destruido su casa, y ha causado la ruina de su esposo y de sus hijos! ¡Aprended pues cuál es el fin de las pompas mundanas, cuál es el fin de la mujer que hace del matrimonio un frívolo comercio! ¡No os embriaguéis con la dulzura del néctar: pensad en las heces amargas que suelen hallarse en el fondo de la copa!

ANGELA GRASSI.

Poesía.

COSAS DE LA EDAD.

SONETO.

Mágico valle de eternal verdura
Donde al soplo del aura silenciosa
Se mece ufana la naciente rosa
Perfumando en su aroma la espesura;

Ameno valle do vertió natura
De sus dones la parte más preciosa,
Donde zumba la abeja artificiosa
Y el arroyuelo plácido murmura.

Aquí corrieron tus primeros años
Sin probar del dolor las turbias heces
Ni conocer del mundo los amaños;

Y aquí también. ¡Oh Celia! muchas veces
Sin sospechar futuros desengaños
Sola te sorprendí... ¡comiendo nueces!

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

Datos curiosos.

Los periódicos acaban de adquirir datos, según ellos dicen muy curiosos, acerca del tiempo que han tardado en recibirse las noticias de sucesos importantes ocurridos en el presente siglo.

Los datos curiosos son los siguientes:

La noticia de la muerte del emperador de todas las Rusias Pablo I, acaecida en 1801, tardó en llegar á Londres veinte y un días, transmitida por el correo.

En cambio la muerte del emperador Nicolás, ocurrida en 1855, se supo en Londres á las cuatro horas.

De estos dos datos sale la siguiente cuenta:

En cincuenta y cuatro años hemos ganado veinte días y algunas horas.

Imaginémonos á los ingleses de 1801 ignorando por espacio de veinte y un días mortales la muerte de Pablo I, y comparémoslos á los ingleses de 1855 sabiendo á las cuatro horas la muerte del emperador Nicolás, y tendremos una gran diferencia entre ingleses é ingleses.

Por de pronto nos encontramos á la Inglaterra de 1801 sumida en esa prolongada ignorancia de veinte y un días, sin que su natural sagacidad pudiera penetrar en todo ese tiempo el secreto del acontecimiento.

Situación verdaderamente humillante para una nación cuya primera necesidad es saber pronto lo que pasa en todas partes.

Desde San Petersburgo á Londres había entonces una distancia inmensa, y el emperador de todas las Rusias podía morir tranquilamente seguro de que no habían de turbar los últimos momentos de su vida los sollozos de Inglaterra.

¡Al mismo tiempo la Bolsa de Londres obligada á esperar veinte días para conmovirse por la muerte de Pablo I!

Parece imposible.

¡A la vez la astuta política de Inglaterra papando moscas durante veinte y un días!

No se concibe.

Y por otra parte verse privada una nación de primer orden del placer que causa la novedad de la noticia por el interés que tienen siempre los sucesos en el momento que ocurren, era hasta cierto punto, una cosa indigna de su grandeza.

Los periódicos ingleses en 1801 publicarían avergonzados la muerte del emperador de Rusia á los veinte y un días de haber acaecido.

¡Veinte días para saber que había muerto un hombre!

Más aun, ¡que había muerto un emperador!

El pueblo inglés tiene tan admirablemente repartido el tiempo, que emplea ordinariamente la mitad en vivir y la otra mitad en beber, recibiría la noticia con enojo, porque en verdad, ¿qué interés ni qué novedad podía tener ningún suceso veinte días después de haber ocurrido?

En la rapidez con que es preciso que todo marche para que el hombre se dé, digámoslo así, la última mano y adquiera el último grado de perfección, veinte días son un siglo.

El valor del tiempo está en razón directa de la prisa que se tiene.

Al que no tiene prisa ninguna, todo el tiempo le sobra.

Parece que entre saber lo que ha ocurrido y adivinar lo que está por suceder, hay un abismo insondable, y en honor de la verdad, debemos decir que no hay más



GUERRA DEL PARAGUAY. — Combate de Peru-Hué, cerca de Rio Hondo, el 3 de agosto de 1867.

que un espacio de tiempo mayor ó menor que al fin y cabo salvaremos.

En el mundo no se han sabido los mas grandes acontecimientos hasta mucho tiempo despues que han ocurrido, porque tenian que sujetarse á la ley de las distancias; el telégrafo ha salvado esta dificultad puesta á la completa sabiduría de los hombres, de los pueblos y de las naciones.

La abolicion del bárbaro sistema de las distancias nos ha colocado en la situacion de poder estar á un mismo tiempo en todas las partes del mundo.

Sabemos las cosas casi al mismo tiempo que suceden, sucedan donde quieran, y el día de nuestra completa deificacion será aquel en que las sepamos antes de que ocurran.

En honor de la verdad no hemos andado mas que la mitad del camino, y nuestra prisa debe desesperarse ante la necesidad de tener que esperar á que los sucesos vengan á decirnos: aquí estamos.

Pero si la electricidad tan rápida como el pensamiento que lleva la palabra de un punto á otro como el relámpago lleva la luz, se encuentra detenida sin saber

hoy lo que pasará mañana, la economía moderna mas ligera por lo visto que la electricidad misma ha abreviado el tiempo por medio del crédito, de tal manera que ha sumado en una misma cantidad lo presente y lo futuro.

Si no sabemos hoy lo que pasará mañana, si todavía no hemos podido anticiparnos á los sucesos, si aun no hemos forjado la llave con que ha de abrirse la caja misteriosa donde se guardan los acontecimientos futuros, en cambio hemos forzado la cerradura de esa otra caja donde el tiempo que está por venir guardaba



ITALIA. — Sucesos de Sinalunga.

los tesoros de las generaciones destinadas a pasar por el mundo detrás de nosotros.

Prodigio admirable es este que nos faculte a disponer del duro cuyos veinte reales no existen todavía.

Profunda mina es esta de la cual podemos extraer oro que todavía no existe en ninguna parte.

¡Comer el pan antes de sembrar el trigo!

Esto es verdaderamente anticiparse, y por eso la gran palabra, la que determina con profunda exactitud todo lo que hemos adelantado es la palabra anticipo.

Cuentan que un general se presentó un día en palacio en un besamanos; era un día de diciembre en que el frío hacia maravillas.

El general iba vestido de verano.

El rey al verlo estuvo a punto de constiparse, pero se sonrió, y le dijo:

— Tú te has olvidado de que estamos en lo más crudo del invierno.

— No, señor, yo no he podido pasar todavía de lo más caloroso del verano.

— ¿Por qué?

— Porque así lo ha dispuesto V. M.

— ¡Cómo!

— De esta manera: la última paga que he recibido es la de julio.

Hé aquí un general verdaderamente atrasado.

¿Pues bien, yo pregunto: ¿qué vestido debiéramos usar nosotros hoy que estamos gastando el dinero del siglo que viene?

Hé ahí nuestro adelanto.

Hé ahí de qué manera hemos llegado a ser posteriores a nosotros mismos.

Hé ahí como por la rapidez con que marchamos en el círculo del progreso empezamos ya a vernos las espaldas.

Entre tanto ¿qué pasa en Madrid?

En Madrid pasa todo, hasta la moneda falsa, que es la última fórmula, la fórmula más precisa y más concreta del crédito.

José SELGAS.

un regimiento paraguayo, y el jefe de la Confederación Argentina lo habría pasado mal, á no ser por la intervención pronta y enérgica de dos regimientos de caballería brasileña enviados por el general Caxias, que no solamente libraron á los aliados, sino que pusieron en derrota á los soldados paraguayos, haciéndolos, según dicen, unos mil prisioneros. El honor de este brillante hecho de armas corresponde al general brasileño A. de Neves, y la acción tuvo lugar en Peru-Hué, cerca de Rio Hondo, el 3 de agosto último.

L.

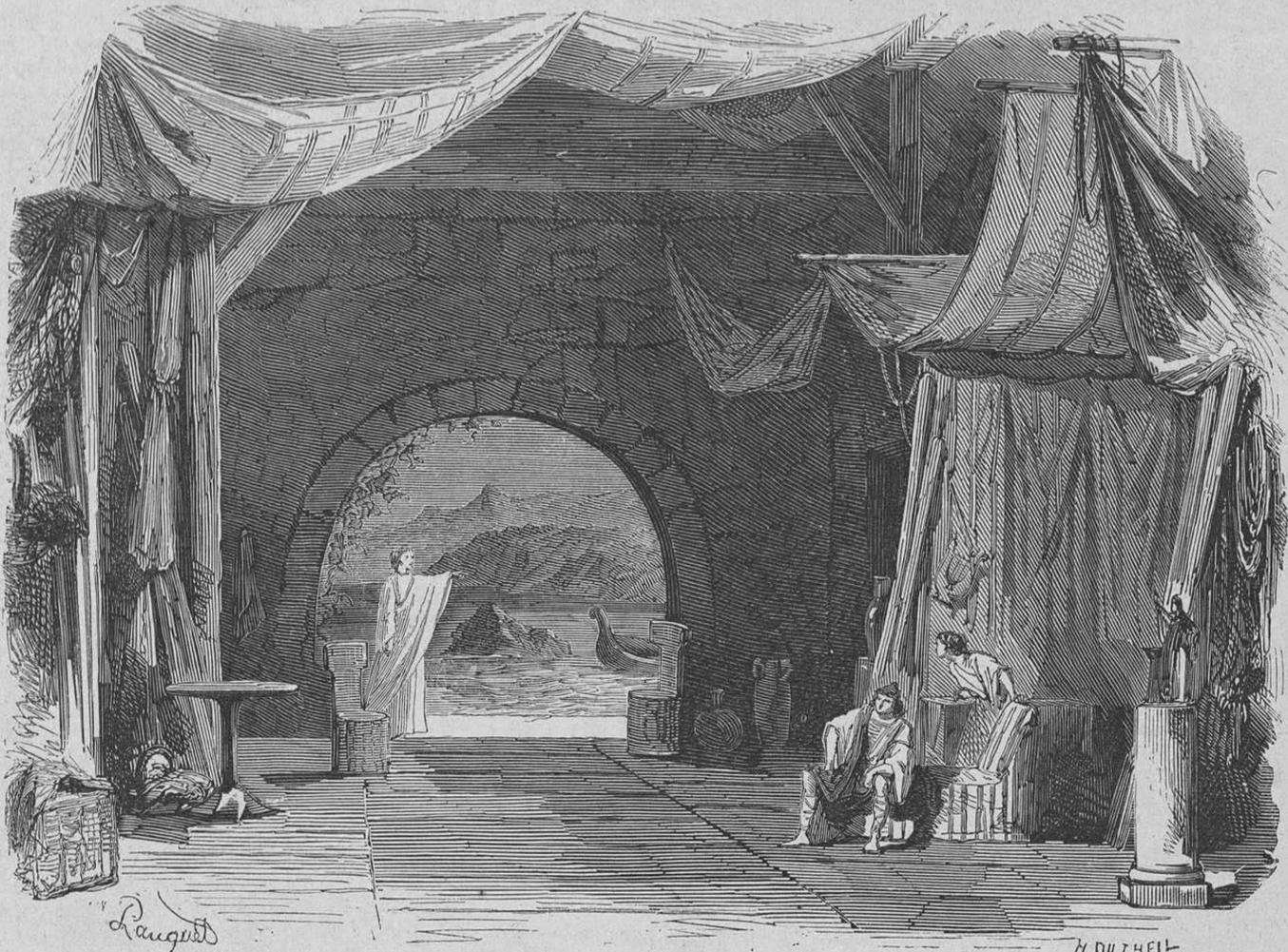
Guerra

DEL PARAGUAY.

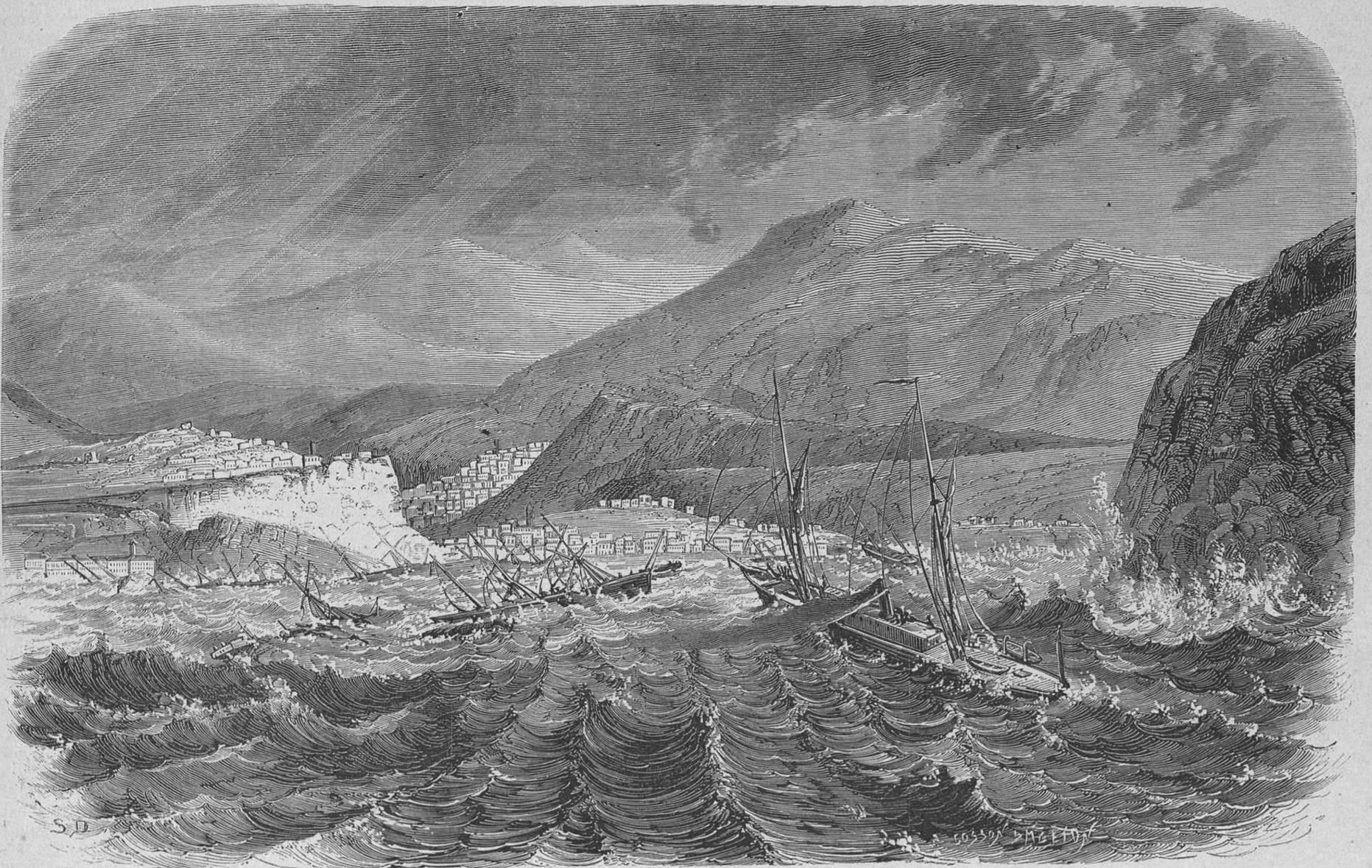
Al cabo de una inacción de más de un año, el ejército aliado, al mando del mariscal Caxias, ha salido del letargo en que parecía sumergido al frente de Humaitá. No habiendo podido tomar esta plaza, los aliados se decidieron á flanquearla, y después de haberse abierto paso al través de los pantanos de Hembucu y sostenido diversos combates, llegaron al Norte de Humaitá, en cuya posición dominan las dos orillas del río Paraguay y tienen abierto el camino de Asunción.

Nuestro dibujo reproduce un importante episodio de los últimos sucesos.

El general Mitre, cuya bizarría es bien conocida, llegó con un puñado de hombres hasta las trincheras del enemigo, cuando se vio atajado por



ACADEMIA IMPERIAL DE MUSICA. — *La Novia de Corinto*, escena IV, aparición de Daphné. (Véase la Revista de Paris del número 773.)



CHILE. — La bahía de Valparaíso durante el huracán del 10 de agosto.

Huracan en Valparaiso.

1º de setiembre de 1867.

El 10 de agosto se desencadenó en nuestra bahía un furioso huracán, y la población de Valparaiso se halla sobrecogida aun con las profundas emociones causadas por las peripecias del siniestro.

En lo mas fuerte de la tormenta, tuvo efecto en el puerto un acto tan filantrópico y valeroso, que merece toda la atención del lector.

El segundo del buque francés *Indien* viendo que la barca dinamarquesa *Emilia* iba á estrellarse en la costa, y que un niño y una mujer corrian á bordo del buque el mayor peligro, dijo á la tripulacion que era preciso salvar á esas personas. Con efecto, cinco marinos franceses se arrojaron entonces en la barca de salvamento y remaron hácia el buque dinamarqués, pero el mar estaba tan bravo, que ya cerca del buque, una oleada hizo zozobrar la barca. Pereció uno de los marinos llamado Samuel Noel.

Este acto de heroísmo ha sido señalado en el *Mercurio del Vapor*, por el capitán del puerto P. Lynch, quien ha abierto una suscripcion para socorrer á la familia del náufrago.

S. A.

Revista de Paris.

Cada dia de esta semana las crónicas de la corte nos ofrecen el pormenor de las fiestas y agasajos con que se obsequia en Paris al emperador de Austria. Dos dias despues de la llegada, de la cual ya tienen conocimiento nuestros lectores, hubo una gran revista en el bosque de Boulogne, que favorecida por un tiempo magnifico, atrajo esa multitud aficionada á estos espectáculos militares. Aquel mismo dia el emperador Francisco José reunió en su mesa á los mariscales y generales que habian tomado parte en la revista, así como tambien á los ministros, á los principales dignatarios de la corona, al prefecto del Sena, á los miembros del cuerpo diplomático y á la diputacion del consejo municipal que en la noche antes presentó á S. M. el convite para el banquete en el Hotel de Villa.

El soberano austriaco no pasa noche sin asistir á alguna funcion teatral, sea en la Opera, en el Teatro Francés ó en la Opera Cómica. No hay para qué decir que el teatro se ilumina, que el emperador es recibido con todos los honores y que la empresa tiene esa noche una excelente entrada.

Sin embargo, apresurémonos á decir que Francisco José no consagra todo su tiempo á las diversiones, sino que visita los museos, las cárceles y todos los establecimientos públicos que por distintos conceptos son interesantes.

El sábado último hubo una gran cacería en la magnífica selva de San German, á la que asistieron los dos emperadores con unos cuantos convidados.

Dicen las relaciones oficiales que el emperador de Austria ha maravillado á todos los presentes por su destreza excepcional en el tiro. Diez escopetas habia traído de Viena, que cargaban seis hombres vestidos con un traje tan original como gracioso.

La carnicería ha sido espantosa. Cuatrocientos conejos, 50 venados, 150 liebres, 100 perdices y 1,300 faisanes; hé ahí el pormenor de la matanza. Francisco José dió muerte por su parte á 422 piezas.

A las cuatro y media estaba terminada la cacería. Los emperadores y sus convidados tomaron asiento en un caruaje con tiro de seis caballos que en breve rato les trasladó á Paris.

El domingo fué dia de carreras en Vincennes, y puede decirse que jamás este hipódromo habia reunido tanta gente. Las carreras no ofrecieron incidente alguno digno de notarse, pero el desfile fué largo y brillante.

Mas la gran fiesta dada hasta hoy, ha sido el banquete del lunes en el Hotel de Villa, banquete al que asistían además de los dos emperadores, la emperatriz Eugenia, la reina de los Países Bajos, el rey Luis I de Baviera, el archiduque Carlos Luis, el archiduque Luis Victor, la princesa Matilde, el duque de Leuchtenberg el príncipe J. Murat, el príncipe Luciano Bonaparte, el príncipe Carlos Napoleon y la princesa Cristina Bonaparte.

Además estaban convidados los embajadores de las grandes potencias, los cardenales, ministros, miembros del consejo privado, mariscales, etc.

Sus Majestades fueron recibidas por el senador prefecto del Sena, y á su entrada en el patio de Mármol, tocó la música el himno nacional de Austria. El banquete fué ostentoso, hubo expresivos brindis, y concluida la comida, los soberanos dieron una vuelta por el palacio municipal, adornado y alumbrado como para uno de esos grandes bailes que se han dado en él en otras ocasiones, y se retiraron á eso de las once.

Hoy martes el emperador Francisco José debe estar en Versalles, y esta noche presidirá un gran banquete en la embajada de Austria.

Los periódicos oficiosos anuncian que la estancia del so-

berano austriaco se prolongará mas tiempo del que se habia fijado primitivamente, esto es, hasta el 4 de noviembre próximo.

A propósito de banquetes tenemos que señalar aquí el que acaban de dar los comisarios extranjeros á la comision imperial de la Exposicion.

A las ocho de la noche se hallaban reunidos en el magnifico comedor del hotel del Louvre 300 convidados, entre los cuales se contaban los señores Rouher, de Forcade la Roquette, el mariscal Vaillant, lord Granville, representante de la comision inglesa, Le Play, el general Dufour, y otros personajes.

Habia señoras en este banquete, y los diamantes, las flores y los encajes formaban el contraste mas feliz con las decoraciones de los convidados.

Una banda de música escondida detrás de un jardin improvisado, tocaba los himnos nacionales de todos los países del globo.

Muchos y largos discursos se pronunciaron durante este banquete, pero hubo uno entre todos ellos que merece la atención de la crónica. Lord Granville con toda la seriedad británica, y despues de haber oido las alocuciones políticas, que en las circunstancias actuales tenían una incontestable oportunidad, brindó por las señoras en los términos siguientes:

«No obstante el espíritu inventivo de M. Le Play, dijo lord Granville, no se ha atrevido á proponer un jurado que tuviese la mision de dar premios á las beldades de todas las naciones.

»Sin duda alguna ha andado prudente en ponerlas fuera de concurso, pues ¿en dónde se habrian podido hallar jueces imparciales? Quizás tambien se propuso una grande economía; pues ¿en dónde habria hallado las numerosas y bellas medallas que se habrian necesitado?

»Las señoras de todas las naciones que han tenido á bien honrarnos con su presencia esta noche, ofrecen, á mi juicio, la irrecusable prueba, de que semejante adjudicacion habria sido imposible.

»Mil gracias las damos por el encanto y el brillo que han traído á nuestra reunion. Las suplicamos se dignen perdonarnos el enojo que han debido causarlas nuestros largos discursos, y en cambio nosotros las perdonaremos las distracciones que ellas nos han dado.»

Supérfluo nos parece decir que estas palabras fueron acogidas con aplausos entusiastas y unánimes.

La semana abunda en festividades.

El domingo último tuvo lugar en el Palacio de la Industria una interesante ceremonia, que anunciamos ya á nuestros lectores, la de la distribucion de recompensas de la Sociedad de proteccion de los aprendices y los niños empleados en las manufacturas.

La emperatriz Eugenia acompañada del príncipe imperial asistió á la ceremonia que habia llamado un inmenso concurso de gente. Mas de 20,000 personas ocuparon la nave principal, cuyo adorno era el mismo que el de la gran fiesta del dia 1º de julio.

Los niños de los orfeones de Paris, en número de 1,200 ocupaban las gradas de frente al trono, y á derecha é izquierda estaban las diputaciones de las escuelas y de las diversas industrias.

En las gradas del trono habia puestos reservados para el consejo de la Sociedad que tenia á su cabeza á M. de Forcade la Roquette, ministro de Agricultura, Comercio y Obras Públicas, presidente honorario de la Sociedad, á M. Duruy, ministro de Instruccion pública, al señor arzobispo de Paris y á M. Dumas, senador, presidente de la Sociedad.

La sesion comenzó con el interesante resumen del duque de Mouchy, secretario, al que siguió un informe de M. de Bouveuille y M. Migneret, consejero de Estado, vicepresidentes, que dieron cuenta de las obras filantrópicas creadas en favor de la infancia obrera y de las diversas instituciones destinadas á proteger á los jóvenes que trabajan en las manufacturas.

Despues se proclamaron las recompensas en medio de los aplausos de la reunion, y concluido el reparto, M. Dumas pronunció un luminoso discurso, frecuentemente interrumpido por las señales de la mas viva simpatía.

El ilustre sabio comenzó por pagar un tributo á la emperatriz que tanto se interesa por todo aquello que puede aliviar la suerte del pobre y el desvalido, de la soberana que por fundar una casa de huérfanos rehusa un aderezo, que mejora la triste situacion de los presos, que socorre personalmente en Amiens á los atacados del cólera, que finalmente, contribuye con el mayor celo á la formacion de la Sociedad cuyo objeto es preservar de los peligros á las criaturas que ganan su vida en las fábricas.

Despues continúa:

«La Exposicion verdaderamente universal que va á desaparecer ha desplegado á nuestros ojos el cuadro fiel de la obra del hombre, considerada en el tiempo y el espacio. Esta Exposicion ha reunido todos los extremos, desde los ensayos informes de su genio naciente que se manifiestan en las primeras edades del mundo, ó entre los pueblos salvajes todavía en nuestra época, hasta los productos del arte más refinado, de la mas alta ciencia y de la práctica mas acreditada. En ella hemos visto el vigoroso impulso dado por el emperador á la actividad nacional; ella ha mostrado á la Francia superior á todas las pruebas, dispuesta á todas las luchas, fuerte para todos los combates, y ella ha puesto en evidencia las operaciones cada vez mas lejanas y extensas de su comercio, la energía constante de su industria.

»Sin embargo, esta Exposicion ha recordado al mismo tiempo que en Francia diez millones de habitantes, mas de la cuarta parte de su poblacion, se aplican ya á los trabajos de la industria y que el número de muchachos arrebatados á la vida campestre para tomar parte en la vida de las fábricas se cuenta en el dia por centenares de miles y va siempre en aumento. Además, ha recordado igualmente que las naciones que nos han precedido en las vias industriales tienen ciudades donde el muchacho consagrado al trabajo asalariado, confinado en talleres donde el aire apenas se renueva, viene á trasformarse en una máquina inteligente y raquítica.

»¿Deberemos fomentar nosotros tambien el trabajo manufacturero, si su progreso ha de conducir al detrimento de la clase obrera? ¿Consentiríamos en pagar las producciones de una mano de obra refinada á costa del físico y el moral de las generaciones futuras?»

M. Dumas contesta negativamente. Dice que el muchacho debe encontrar á su entrada en el mundo esas condiciones de existencia, en las que el espíritu de familia se conserva, en donde el resorte moral adquiere nuevo temple, en donde se desarrolla el sentimiento religioso, y que asociando un alma sana á un cuerpo sano, preparan al país defensores robustos, y al trabajo hombres capaces.

Esta es la obra de las instituciones filantrópicas, instituciones, añade, que darán al siglo XIX su carácter en la historia, pues á la emancipacion política del obrero añaden la emancipacion intelectual y moral.

A este discurso sucedió otro del señor arzobispo de Paris, impregnado de iguales sentimientos respecto de las clases laboriosas.

«Henos aquí reunidos, dijo el arzobispo, á fin de señalar las obras, y en ciertos casos las personas que protegen mas eficazmente á las jóvenes aprendices y á los niños empleados en las manufacturas. La alta significacion de este concurso es evidente para todos: primeramente es un testimonio del interés con que mira la sociedad á sus miembros menos favorecidos, y particularmente á los jóvenes aprendices, y luego es un homenaje rendido á las creencias morales y religiosas que inspiran y sostienen tantas obras de beneficencia y de caridad, y que son el principio eficaz y la honra de nuestra civilizacion.

»Si, la sociedad vale mas de lo que muchos dicen. La sociedad ama y protege á sus hijos mas desheredados, atiende á ellos con la grave solicitud de un padre, con el animoso corazón de una madre. No quiere por cierto que descansen únicamente en otro sin cuidarse de su propio destino; pero tampoco se niega nunca á acudir en socorro de los que padecen, sobre todo cuando merecen ser socorridos. De este modo, en la presente ocasion, por una parte fomenta las obras en donde se enseña á los jóvenes aprendices el secreto no solo de vencer y trabajar la materia, sino de conocerse á sí mismos y gobernarse segun Dios, y por otra, manifiesta su gratitud y concede sus afectuosos elogios á los protectores y á los patronos que ponen al servicio de esa edad tan digna de interés su tiempo, su fortuna, y mas aun, su corazón, y algunas veces su vida.»

Estas palabras caracterizan perfectamente el objeto de la sociedad protectora.

El mismo domingo en que tenia lugar esta ceremonia en el palacio de los Campos Eliseos, era el último en que estaba abierta la Exposicion universal del Campo de Marte. No obstante todo cuanto se ha dicho, la fecha prefijada es fatal: la Exposicion se cerrará el 31 de octubre.

Así ha sido que este domingo de despedida llamó al Campo de Marte una afluencia de visitantes como no se habia visto nunca. Mas de ciento cincuenta mil personas se apiñaban en el inmenso recinto de la Exposicion, que ese dia parecia pequeño para semejante gentío. Todo, y por todas partes, estaba inundado de curiosos. Los restaurantes y los cafés no podian dar abasto, la panadería de Viena no alcanzaba tampoco á satisfacer á los aficionados á sus exquisitos panecillos, no era posible obtener un puesto en la jaula que eleva el ascensor mecánico hasta lo alto del edificio, y por último, hasta el globo cautivo de la Exposicion, que hace el viaje redondo, subida y bajada, en quince minutos, se veía en apuros para contentar á los que deseaban, por la suma de 25 francos, acercarse algun tanto á las nubes. Comprendíase pues que todas las maravillas que hemos admirado durante algunos meses, iban á desaparecer para siempre, y se queria que fuese notable el dia del despido.

Con efecto, el 1º de noviembre no se admitirá ya á nadie en el recinto del Campo de Marte, que despojado de todas sus riquezas, volverá á ser lo que ha sido siempre, un campo de maniobras militares. Ya se está instalando la via férrea que arranca del mismo palacio, por la cual los productos expuestos regresarán directamente á sus respectivos países. Adios pues, Exposicion universal, adios con tus magnificencias, tus sorpresas y tus invenciones; has dado á Paris un gran espectáculo, y bajo este concepto, tu nombre figurará con gran brillo en sus anales.

Concluamos hablando de teatros.

Todos los de Paris continúan poniendo en escena las funciones de que hemos hablado ya, y no sabemos que, al menos por ahora, piensen variar su repertorio. En suma, las empresas tienen razon, cuando el público no pide otra cosa. Por ejemplo, ¿por qué M. Bagier renunciaria á funciones como la del sábado último, que llenó completamente las localidades de su teatro? La ópera que se daba era el *Barbero*, y los espectadores celebraban la gracia imperecedera de esta ópera, lo mismo que si mucha parte de ellos, por no decir todos, no la conociesen de memoria,

Verdad es que la ejecución contribuía sobremanera á este resultado. La Patti es la Rosina mas perfecta que se puede imaginar; es la gracia sevillana personificada, con mas su prodigioso talento artístico que la completa y la hace inimitable. En el segundo acto, cantó el bolero de las *Visperas sicilianas*, de Verdi, un aire español interpretado por un maestro italiano para una escena francesa; pero sea lo que fuere la composición, lo cierto es que la ejecución fué brillantísima, y esto basta.

Los demás artistas hicieron todos sus esfuerzos por secundar dignamente á tan imponderable Rosina.

MARIANO URRABIETA.

Invencciones y descubrimientos.

Raras son las invenciones y descubrimientos á que no pretendan tener derecho todas las naciones. Sabido es que los romanos y otros pueblos antiguos iban con la pierna desnuda y que, hasta la edad media, no empezó el uso de las medias de diferentes telas, y que mas tarde se descubrió ó inventó el hacerlas con aguja.

Los ingleses, que no son los que menos pretensiones demuestran á haberlo inventado todo, dicen que antes del tiempo de Enrique VIII conocían este arte; pero es muy significativo que Howel, en su *History of the Woorld*, diga que el referido rey no usó sino medias de tela tejida, á excepcion de un par de seda hechas á la aguja que, por una grande casualidad llevaron de España á Inglaterra.

El mismo escritor añade, que el famoso comerciante sir Thomas Gresham presentó á Eduardo VI un par de medias largas de seda hechas á la aguja en España, y que se habló mucho de tal regalo; y dice tambien que, en el tercer año del reinado de Elisabeth, hicieron á esta un presente de un par de medias de seda negras, hechas tambien á la aguja; dando esto lugar á que esta reina dejase despues de usar las de género tejido.

Si verdaderamente antes de las épocas citadas se hubiese conocido en Inglaterra el arte de hacer media con aguja, los regalos antes mencionados me parece que hubieran pasado, si no desapercibidos, á lo menos sin llamar tanto la atención, y nada de particular tiene que de España hiciesen un regalo de una producción española á Enrique VIII, si se atiende á que aquel sanguinario rey (que hizo decapitar á Ana Bolena, que quedó viudo con la muerte de Juana Seymour, que repudió despues á Ana de Cleves, que hizo matar á Catalina Howard, y que casó despues con Catalina Parr), habia tenido por primera de sus seis mujeres á Catalina de Aragon, á la cual repudió, y á consecuencia de lo cual, no habiendo querido reconocer la autoridad del Santo Padre, se hizo declarar en 1534 por el Parlamento jefe de la Iglesia anglicana.

Así pues, no creo que los ingleses puedan disputar á los españoles la invención de la media hecha á la aguja, y á lo que podrán reclamar tal vez su derecho, será á la del telar para hacer mecánicamente aquel punto, cuya admirable invención, hija de un necesario y profundo estudio, pertenece á M. William Lee de Nottingham, en 1589.

Este hombre ingenioso, no habiendo podido salir adelante con el establecimiento que intentó fundar en Calveston, y no habiendo obtenido la protección que pidió á la reina de Inglaterra, accedió á la invitación que le hizo Enrique IV de Francia, quien le remuneró ampliamente por haber establecido los telares en Rouen; pero despues del asesinato de este rey la empresa tropezó con dificultades, y Lee murió en Paris en la miseria. Algunos trabajadores que habian acompañado á Lee al continente, volvieron á Inglaterra, y con el conocimiento que tenían del telar, lo plantearon en Nottinghamshire, en cuyo punto desde entonces, y especialmente desde los adelantos que en él hizo Jedediah Strutt de Derby, se ha ejercido esta industria.

El telar fué perfeccionándose y su uso extendiéndose á varios países. En vista de lo manifestado, me parece que no puede haber duda en que el arte de hacer media con la aguja, en el cual se ejercita el bello sexo ya por pasatiempo ó ya por utilidad, ha sido invención española, y que esta invención ha dado lugar al grande consumo de artículos, que bajo diferentes formas y diferentes clases de puntos, representa en la industria un importante papel.

Y ya que casualmente la palabra «papel» he mentado, no será inoportuno manifestar de dónde proviene su origen, y relatar en pocas palabras su historia.

Dejando para mas adelante los medios de que se valieron los hombres de los primitivos tiempos para transmitir la memoria de hechos señalados ó de asuntos importantes, se sabe de cierto que el nombre del papel deriva de la palabra griega «Papyrus», planta de la cual acostumbraban servirse los antiguos para escribir.

Algunos sabios escritores han discutido la antigüedad del papyrus, pero es casi seguro que, en tiempo de los Faraones, se usase ya el que proporcionaba la elevada caña conocida por los botánicos bajo el nombre de «Cyperus Papyrus», que en aquella remota época abundaba, ya principalmente en Egipto, de donde se surtieron despues las demás naciones.

Varios eran los usos á que se aplicaba aquella útil planta, pero el que ha inmortalizado su nombre, es el

que la hizo servir para papel y para cuya fabricación usaban el siguiente procedimiento. Por medio de una aguja dividían la corteza interior en capas ó hojas muy delgadas, despues de lo cual á favor de una cola conveniente, las adherían unas á otras longitudinalmente por sus cantos ó bordes.

Como hubiera sido fácil que las hojas se hubiesen rajado á lo largo de la fibra, para evitar este inconveniente pegaban con la misma cola al dorso de las primeras una segunda capa, cuya fibra quedaba en ángulo recto con las anteriores ó longitudinales, resultando de esta combinación una hoja fuerte y de consistencia, que despues se prensaba, secaba y pulía.

Esta clase de papel era bastante blanco, liso y duradero, admitía muy bien la escritura y tenía la flexibilidad necesaria para poder enrollarse. El punto principal de su fabricación fué Alejandría.

Los birmanes y otras naciones usaron las hojas de diferentes plantas para sus libros comunes, que constaban de un número indeterminado de hojas y de dos tablas que servían de cubierta, cosido el todo á modo de volumen, por medio de dos cuerdas que pasaban á través de los agujeros practicados en los ángulos de las hojas y tablas. En el Museo del Consejo de la India se conservan algunos preciosos ejemplares antiguos que pueden calificarse de sumamente elegantes.

En el siglo III de nuestra era, el uso del papyrus se habia generalizado tanto que Marcos Firmus, que por vengar la muerte de Zenobia llegó á hacerse proclamar emperador, decía: que con el valor del papyrus que se consumía en el imperio, podía mantener un grande ejército.

Despues del papyrus y simultáneamente con él, se usó el pergamino, especialmente para libros y documentos importantes. Pocos son los museos que no poseen ejemplares de estas pieles preparadas, en algunas de las cuales se admira la habilidad, delicadeza y paciencia del trabajo con que están escritas y ricamente iluminadas.

El papyrus se usó hasta el siglo VII ó VIII, pero como á principios de nuestra era, los chinos inventaron el papel de pulpa ó de pasta, la invención pasó á la Meca á principios del siglo VIII. Los árabes desde allí lo introdujeron en España á últimos del siglo IX y de aquí se fué extendiendo á otros países. La primera fábrica de esta clase de papel, en Alemania se estableció en Nuremberg, á últimos del siglo XIV, y en Inglaterra y Francia á últimos del siglo XV.

El descubrimiento de la imprenta hecho por Guttemberg, en 1456, fué el origen del espantoso consumo que ha llegado á tener en nuestros días el papel, para cuya fabricación, temiéndose, no sin fundamento, que llegasen á escasear los trapos de que únicamente se hacia antes uso, ha sido indispensable pensar en utilizar otras materias que fuesen abundantes y menos difíciles de adquirir.

Seria larga tarea enumerar las diferentes sustancias que se aplican hoy á la fabricación del papel. La paja, las virutas y fibras de diferentes maderas, las hojas y cortezas de distintas plantas, el bagazo de la caña de azúcar y las algas marinas se emplean con muy buen éxito en la fabricación de este indispensable artículo, pero descuellan entre todos, la «Broussonetia» de China y del Japon que producen muy buen papel, la raiz de «Zumia spiralis» de Australia, las hojas del lino de la Nueva Zelanda («Phormium tenax») cuyo papel es superior al de trapos, y no merece menor estima en su clase, el que produce nuestro esparto, para cuya fabricación se tomó ya el privilegio en Inglaterra en 1856.

El espantoso y creciente consumo de papel que se nota de algunos años á esta parte, no deberá parecer extraño, si se consideran los millones de millones de hojas que absorben las cartas y documentos que anualmente se escriben, los millones de periódicos y libros que se imprimen, los innumerables objetos á que se aplica en diferentes artes é industrias y el uso general que lo ha convertido en uno de los artículos mas necesarios en todos conceptos.

Y como las artes y las industrias, ayudadas por los nuevos agentes químicos que cada día se van descubriendo, van tambien hallando nuevas aplicaciones á toda clase de productos, es difícil calcular hasta dónde llegará el consumo del papel, cuando vemos ya que se emplea en la fabricación de cañerías, en las cuales como en los moldes para azúcar, ha dado muy excelentes resultados.

No creo oportuno describir los difíciles procedimientos puestos en práctica para la fabricación del papel actual, pero sí debo recordar que existe una enorme diferencia entre el penoso sistema primitivo de macerar á mano la materia, y la facilidad con que hoy á favor de la maquinaria se practican los diferentes procedimientos empleados.

Antes del uso del papyrus, los hombres de los tiempos primitivos, como antes he indicado, procuraron dejar consignados sus hechos y acaecimientos notables de un modo que puede llamarse permanente.

La escritura propiamente llamada, ó las letras alfabéticas se atribuyen á Cadmus, en el año 1580 antes de Jesucristo, pero he encontrado que el autor del libro de Job, que parece ser el primer monumento de literatura sagrada que poseemos, vivió antes que Cadmus, y habla de la escritura como de una cosa antigua.

«¿Quién, dice, me asegura que mis discursos sean recogidos en un libro escrito con «estilo» de fuego, y que el buril los grave para siempre sobre el plomo ó la piedra?»

El hecho, pues, de conocerse la escritura antes de Cadmus queda probado con lo expuesto por el autor del libro de Job, y lo consignado por este último no puede dar lugar á la menor sombra de duda porque tenemos de ello una prueba irrecusable.

Los Asyrios y Babilonios, 1950 años antes de Jesucristo, usaron tablas, cilindros y prismas hexagonales de metal y de tierra cotta para sus archivos públicos, sus cómputos astronómicos, sus anales históricos y sus dedicatorias religiosas.

Dos de estos cilindros, existentes hoy, contienen la historia de la campaña de Sennacherib contra el reino de Judah, y otros dos desenterrados de la «Bis Nemrod», dan una noticia detallada de la dedicatoria del templo de Nabucodonosor á los siete planetas. A la feliz idea de transmitir por tales medios los hechos y pensamientos, debemos hoy el conocimiento exacto de la historia de los Asyrios y de los tiempos primitivos.

Sabemos que Zacarías, el padre de san Juan Bautista, pidió una tabla cuando le dijeron que escribiese el nombre de su hijo. Estas tablas se cubrían con una capa de cera y se escribía en ellas por medio de un punzon ó «estilo». Sabemos tambien que cuando Moisés, en el tercer día del tercer mes, y cuarenta y seis días despues de la salida del pueblo de Israel de Egipto, fué llamado por el Señor á la cumbre del monte Sinai, escribió sobre dos tablas de piedra el Decálogo, llamado por esto las «Tablas de la Ley.»

Pero estos hechos indudables pueden llamarse de fecha reciente comparados con los primeros de que nos habla el Génesis. Los primeros hombres, cuando querían transmitir la memoria de algun acaecimiento notable, acostumbraban levantar un monton de piedras. Sin embargo tales construcciones, si así pueden llamarse, ningun significado ó ninguna idea especial daban por sí solas y solamente la tradición podía recordar el objeto de haberlas levantado; y como las tradiciones pueden alterarse, de aquí la poca fe y la duda que algunos han intentado demostrar hasta respecto á los hechos consignados en las Sagradas Escrituras.

Pero tal incredulidad y tales dudas no podrían sostenerse hoy por los que las intentaron, y el texto del Génesis ha debido ser reconocido por ellos como una verdad incontestable, gracias á los esfuerzos y á la intrepidez que los hombres estudiosos y científicos de nuestros tiempos han puesto para esclarecerla.

Los museos del Louvre y el Inglés nos presentan en toda su magnificencia los colosales restos importados de la antigua y famosa ciudad de Ninive; el viajero puede hoy precisar el punto en que existió la no menos célebre Babilonia fundada por Nemrod 2234 años antes de Jesucristo, ó sea hace 4101 años, pero esto no bastaba; era necesario ver si podía descubrirse algun resto de la renombrada torre de Babel, de aquella soberbia obra levantada por el orgullo de los primeros hombres para librarse del Señor, en el caso en que dispusiese volver á castigarles con un nuevo diluvio (del cual conservaban reciente memoria) á consecuencia de no obedecer su mandato de que se dispersasen sobre la tierra.

Ahora bien, los restos, pero restos colosales de la torre de Babel se han descubierto; existentes quedan para confusión de los incrédulos, y para corroboración de las Sagradas Escrituras. Veamos la relación que respecto á dichas ruinas hacen sir Ker-Poster y M. Rich, comprobada por la comisión científica enviada expresamente en 1851 compuesta de M. Fresnel, Oppert y Thomas, y confirmada por la inscripción que el capitán Rawlinson entregó al Museo inglés, grabada en unos grandes ladrillos arrancados por el mismo capitán de las ruinas de la torre «Bis Nemrod» ó sea de la torre de Babel.

De dicha relación se deduce que las comarcas, en otros tiempos florecientes del Asia, hoy presentan llanuras tristes y silenciosas, y ningun vestigio queda de su pasado esplendor. Durante días de marcha el ojo no percibe la menor ruina, y apenas quedan señales de la grande carretera construida por Semiramis y que se sigue desde Bagdad á Hammaden. Pero no hay que desanimarse, llegad hasta el Eufrates; entonces el guía os señalará una masa pardusca que se pierde en el horizonte: son las ruinas de Babel.

A seis millas al Sur de «Hilla» en línea recta, se encuentra una colina oblonga, cuya base tiene 2,282 piés. Esta colina la levantó la mano de los hombres á una altura de 200 piés amalgamando ladrillos cocidos con un cemento indestructible. Esta masa está truncada en mas de su mitad.

De su cima se han desprendido enormes fragmentos que conservan todavía señales de un incendio violento que casi los ha barnizado, y no podría negarse que el fuego del cielo los ha herido y derribado. De los ocho terrados que en otro tiempo contenía el edificio dos solo quedan en pié.

El primero tiene una altura de 60 piés y está surcado de profundas aberturas. Una ruina compacta en forma de torre, corona esta vasta construcción, que vista por la parte de Occidente parece casi piramidal.

Hé aquí el «Bis Nemrod» cuya vista es sublime hasta en sus ruinas, las nubes rodean su cumbre, sus guardias están habitadas por leones, todo respira desolación... Así queda cumplida la palabra del profeta.

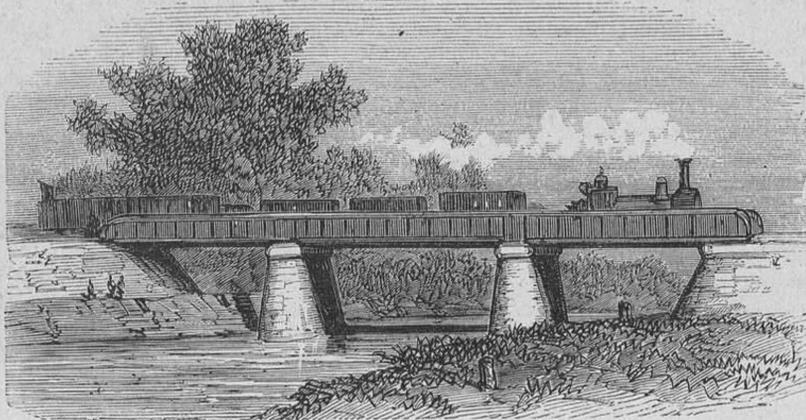
Veamos ahora la inscripción grabada en los ladrillos que sirvieron para la reconstrucción de la torre, verificada por uno de los mas grandes monarcas.

«Yo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, servidor del » Ser Eterno, rey, vicario, juzgando sin injusticia, que » he reconstruido la pirámide (Babyl) y la Torre de » gradas (Bis Nemrod).

» ¡Yo!... La torre de
 » gradas, la casa eterna
 » que he reconstruido
 » con plata y otros me-
 » tales, con ladrillos
 » esmaltados, con cedro
 » y ciprés y he termi-
 » nado su magnificen-
 » cia. El templo de las
 » siete lumbreras de la
 » tierra al cual va uni-
 » da la memoria de Bor-
 » sippa y que comenzó
 » el primer rey, sin ter-
 » minar su cumbre, ha-
 » bia sido abandonado
 » desde largos años....
 » Ellos habian proferido
 » en desórden la expre-
 » sion de sus pensa-
 » mientos. El terremoto y el trueno habian
 » conmovido el ladrillo crudo, que se ha-
 » bia desplomado, formando colinas. El
 » gran Dios Merodach ha inducido mi co-
 » razon á rehacerlo. Yo no he tocado el
 » sitio ni he atacado cimientos. En el mes
 » de salud, en el dia dichoso he ceñido por
 » medio de galerías el ladrillo crudo de
 » las gradas y el cocido de los revestimien-
 » tes; he renovado la *rampa circular*: he
 » puesto la memoria de mi nombre en los
 » contornos de las galerías *como en otro*
 » tiempo se habia concebido el plan. Así, Yo
 » he fundado y reconstruido el edificio, *tal*
 » como habia sido en tiempos pasados, así
 » he repuesto la cumbre. »
 Quitemos el énfasis habitual al Oriente;
 recordemos que hoy el edificio reconstruido



Ferro-carril del departamento de Deux-Charentes. — Tonnay-Charente.



Puente de Boutonne.

gar la diversidad de lenguas.

Hoy es un viaje cos-
 toso y abundante en in-
 comodidades y riesgos
 el visitar aquellas vastas
 ruinas y aquellas desier-
 tas llanuras que fueron
 la cuna del género hu-
 mano. Esperemos que
 uno de los mas princi-
 pales elementos de la
 industria moderna, el
 «ferro-carril» proyec-
 tado á lo largo del va-
 lle del Eufrates, esta-
 blecerá una fácil y rá-
 pida comunicacion, la
 cual será otro de los im-
 portantes servicios que

habrán prestado estas vías que por su exce-
 lencia se han hecho absolutamente nece-
 sarias á todas las naciones.

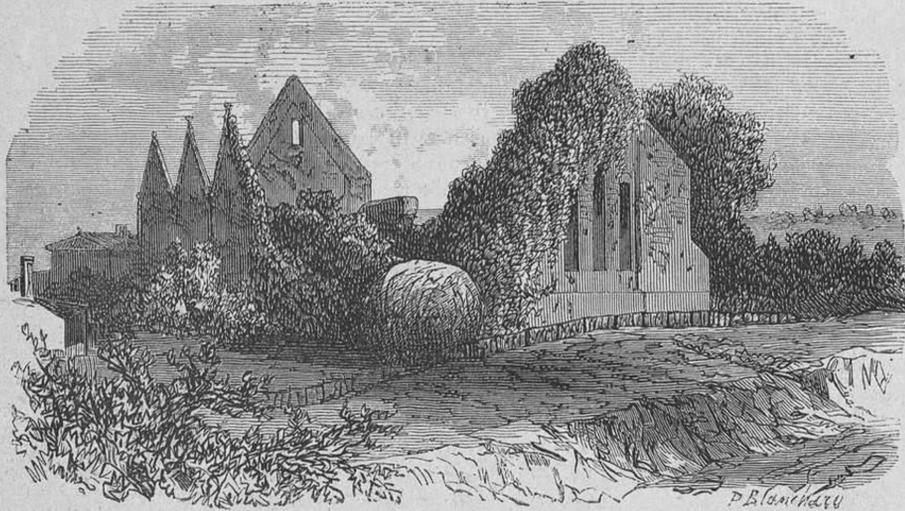
J. GIL Y M.

Inauguracion

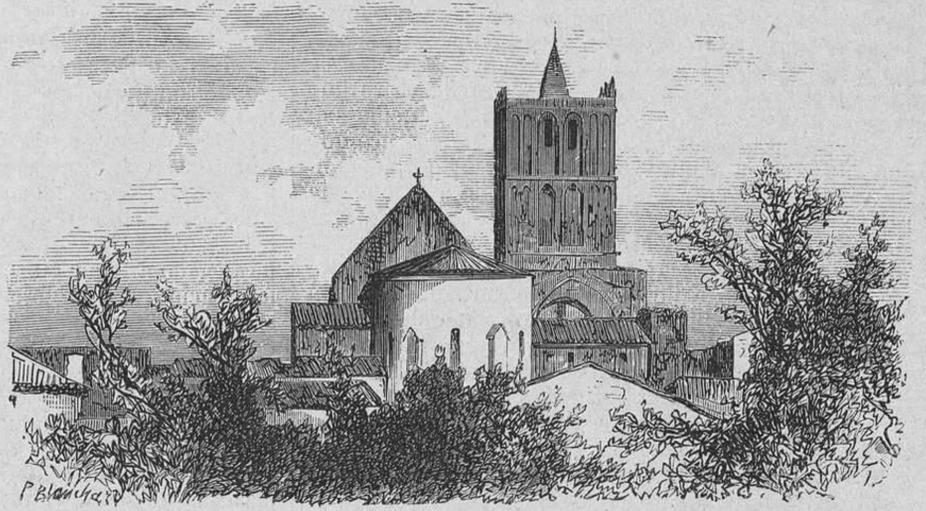
DEL FERRO-CARRIL DE DEUX-CHARENTES

(FRANCIA).

Los dos departamentos que tomando sus
 nombres del rio que los atraviesa, se han
 formado con el territorio de las antiguas



El convento de Agustinos en Saint-Savinien.



La iglesia de Saint-Savinien.

por Nabucodonosor parece « como herido por el
 fuego del cielo » y véase si las Sagradas Escritu-
 ras no reciben con esto la mas brillante confir-
 macion.

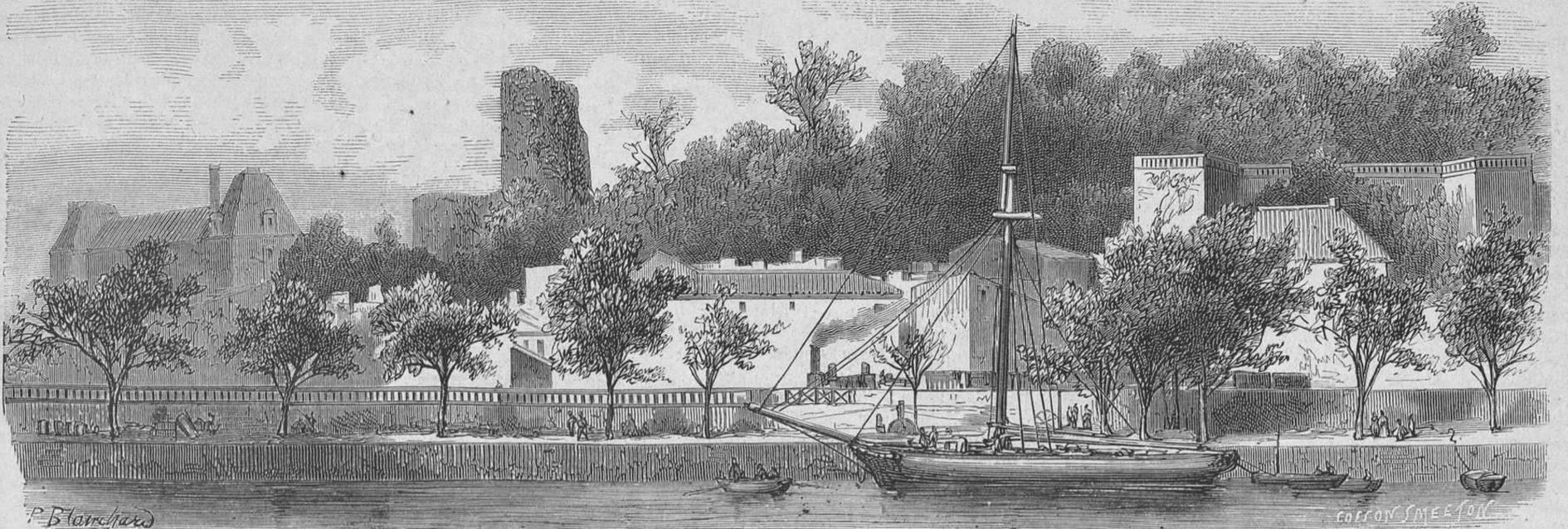
Estas ruinas se remontan á las primeras edades
 del mundo, han conservado hasta en su nombre
 actual la memoria de Nemrod, uno de los prime-
 ros jefes soberbios que concibieron su atrevido
 proyecto, por el cual el Señor introdujo entre
 ellos la confusion de lenguas, que fué al mismo
 tiempo que un castigo, un beneficio; porque si
 los hombres hubiesen permanecido concentrados
 en las llanuras de Sennár, no se hubieran mul-
 tiplicado con tanta rapidez, ni se hubieran forma-
 do las poderosas naciones á cuyo origen dió lu-



Via romana en Taillebourg.

provincias de Aunis, Saintonge y Angoumois, son
 seguramente una de las comarcas de Francia mas
 interesantes bajo todos conceptos.

Bañado por el Océano en una gran parte de su
 contorno, el departamento de Charente-Inferior
 ofrece á la navegacion radas magnificas y seguras,
 y posee uno de los cinco grandes establecimientos
 de la marina militar francesa; en sus puertos se
 hace la pesca activamente, y en toda la extension
 de sus costas el mar ofrece naturalmente fuentes
 de inagotables riquezas, de las cuales sacan gran
 partido aquellas industriosas poblaciones; pri-
 mero hay salinas cuyo producto anual representa
 sumas considerables; luego hay pantanos secos
 que se han hecho buenos para la agricultura, y



Taillebourg.

que ofrecen esa fecundidad particular de los terrenos arrebatados al líquido elemento; y en fin, hay sitios célebres por sus producciones, como por ejemplo, Marennes, de donde vienen ostras que tienen en mucho los aficionados.

En el interior, la mayor parte de la tierra se consagra al cultivo de la viña, que ocupa igualmente casi á la totalidad del departamento de Charente.

Los vinos que dan estos viñedos van en gran parte á Coñac, de donde convertidos en aguardientes, salen para todo el mundo. El comercio de espirituosos ocasiona tal movimiento de negocios, que en el camino de Coñac á Angulema, el puente de Jarnac, que ha costado unos 90,000 francos, produce mas de 30,000 francos al año, y que la cifra anual de las exportaciones que se efectúan por el puertecillo de Tonnay-Charente, depósito de los aguardientes destinados al extranjero, se eleva á cerca de 50 millones de francos.

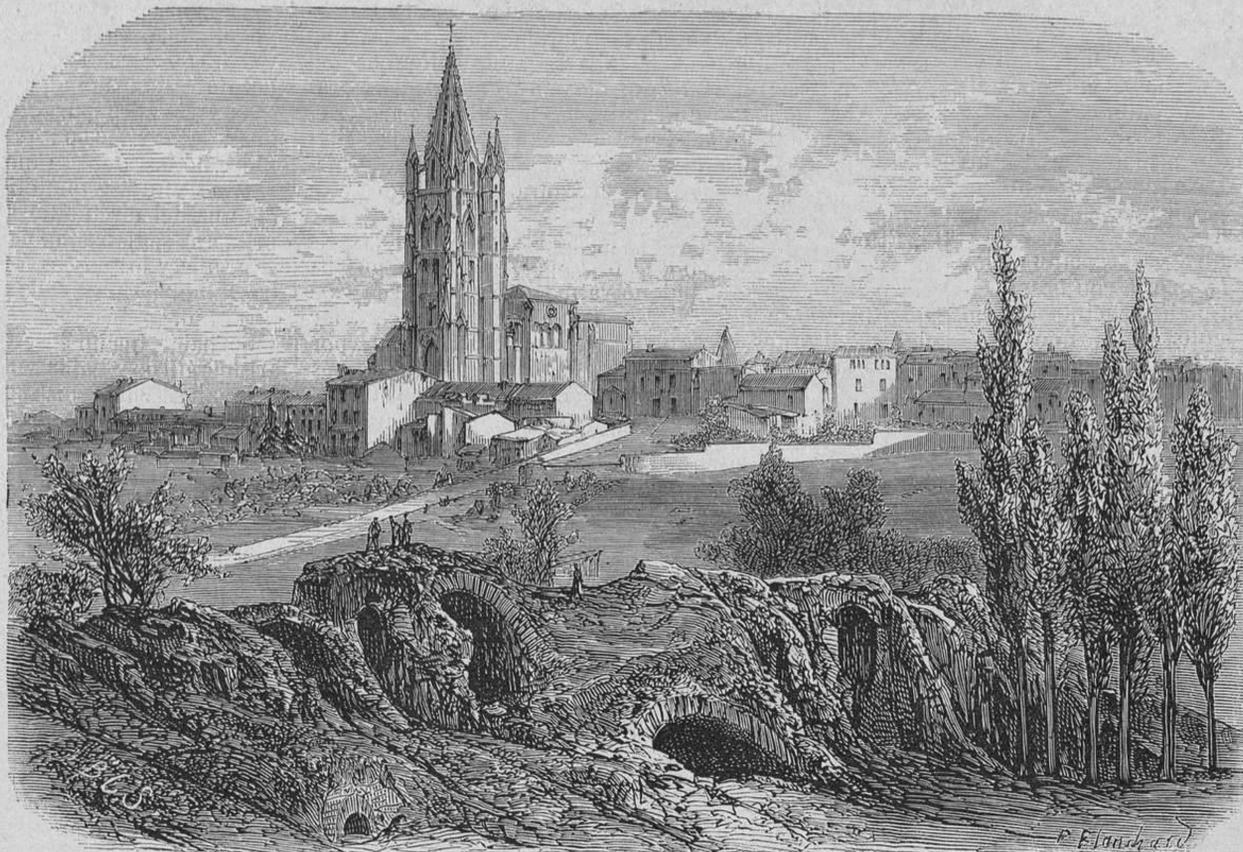
En presencia de estos guarismos, se comprenderá fácilmente cuán beneficioso es para el país el establecimiento de una vía férrea que pone en comunicacion directa sus principales puntos con la gran red de los ferro-carriles del imperio. Por lo demás, tampoco debe olvidarse que la línea de Rochefort á Angulema, prolongada hasta Limoges, debe asegurar próximamente la comunicacion, por la vía mas corta, de Lyon al Océano. La creacion de otro trozo, el de Saintes á Coutras, completará la comunicacion directa de Burdeos y de Nantes, y si la

red de Charentes representa ya un papel importante, ¿cuál no será su importancia cuando, gracias al complemento, vendrá á ser la vía por donde tendrán efecto todas las transacciones entre tres de los primeros centros comerciales de la Francia?

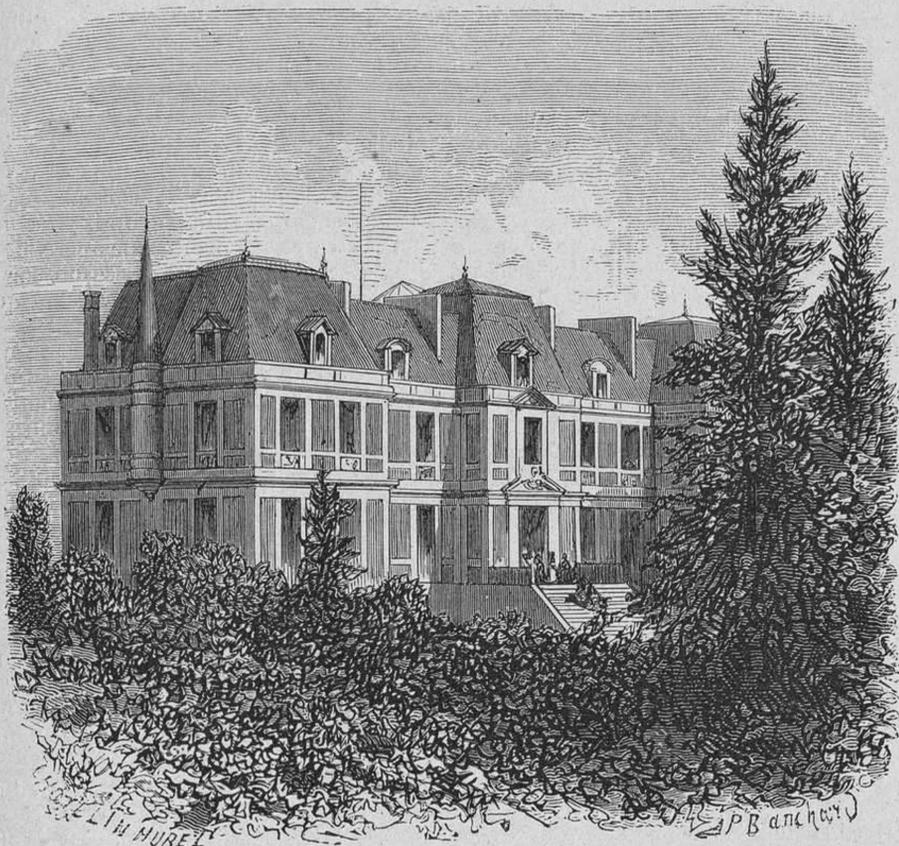
Otros títulos recomiendan este trayecto á la atencion del viajero: sitios pintorescos, numerosos monumentos históricos, nada le falta para atraer á los aficionados á las bellezas naturales y á los recuerdos del pasado.

Que se viaje de Paris por la Rochela ó por Angulema, siempre se observa el brusco cambio de aspecto de la campiña que sucede á los llanos fértiles pero monótonos que se han desarrollado delante casi sin interrupcion hasta entonces.

No hace mucho tiempo hemos publicado vistas y una descripcion



Ferro-carril del departamento de Deux-Charentes. — La iglesia de Saint-Eutrope y el anfiteatro romano.



Palacio de Ramet, cerca de Saintes.



Arco de triunfo romano, en Saintes.



La iglesia de San Pedro en Saintes.

detallada del famoso puerto militar de Rochefort; nada tendríamos hoy que añadir á lo dicho, y por lo tanto no insistiremos en este punto. Al salir de la estacion de Rochefort, se deja á la izquierda el ramal de la Rochela, que pertenece á la red de Orleans, para aproximarse á la vía de Charente; despues de un corto trayecto, el tren se detiene en Tonnay-Charente, puerto único donde se cargan, como hemos dicho, todos los aguardientes de Coñac, y donde Luis XIV instaló en un principio los fundamentos del establecimiento militar que fué trasladado despues á la Rochela.

La ciudad, que se divide en alta y baja, está elevada en parte sobre una escarpada colina, y dominada, por el lado

del Este, por el palacio donde nació madama de Montespan en 1641. Las dos orillas del río Charente están reunidas por un magnífico puente colgante que da paso al camino de Burdeos á Saint-Malo. Nada más ligero, atrevido y elegante que este puente, cuyo tablero se encuentra á veinte y cuatro metros sobre el nivel de las más altas mareas, y deja pasar en todo tiempo á los buques que suben y bajan el río. No puede uno menos de estremecerse cuando ve un pesado vehículo que le atraviesa.

El tren continúa su carrera entre verdes cuevas cubiertas de viñedos, cortadas aquí y acullá con bosquecillos á cuyo través se distingue la plateada cinta del río ó alguna vela impelida por el viento. No lejos de la estación de Bords, atraviesa el Boutonne por el puente metálico que representa uno de nuestros grabados, y cuyo modelo volveremos á encontrar en la travesía del Charente, entre Coñac y Angulema, para llegar á Saint-Savinien, pueblecillo que posee canteras de una piedra estimada cuya explotación da margen á un activo comercio. En Saint-Savinien se ven los restos de un antiguo convento de monges de la orden de San Agustín, que fué destruido en la época de las guerras de religión, y cuyas ruinas tienen una extensión que atestigua la importancia que debió tener el establecimiento. La iglesia parroquial, de construcción gótica, se eleva sobre un penasco á veinte metros sobre el nivel del río.

Más hé aquí que llegamos á Taillebourg, y entre todos esos monumentos de las antiguas edades, ninguno es más fecundo en recuerdos que la antigua calzada, de la cual subsisten aun treinta arcos, y que conducía al puente en donde San Luis venció, el 21 de julio de 1442, á Hugo, conde de La Marche, y los demás señores que Enrique III sostenía en su levantamiento. Del formidable castillo que defendía antiguamente á Taillebourg, no queda más que una torre cubierta de yedra. El espléndido castillo con que fué reemplazada á fines del siglo XVII, ha desaparecido á su vez; únicamente su inmenso terrado ha permanecido en pie, entre una porción de casas cuyos tejados se elevan apenas á la mitad de su altura.

M. L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

En una gran bóveda bastante sombría situada en el piso bajo de la casa, iluminada débilmente por la claridad que entraba por unas ventanas con rejas de hierro, estaban las muestras de las mercancías y las provisiones destinadas á la venta diaria. Toneles, cajas y fardos estaban allí hacinados y no se podía circular más que por senderos estrechos y tortuosos.

Casi todos los países de la tierra, todas las distintas razas de la especie humana, habían trabajado y recogido cosas útiles y preciosas para exponerlas á los ojos de nuestro héroe.

El palacio flotante de la compañía de las Indias Orientales, el ligero brick de los americanos y el arca patriarcal de los holandeses habían dado la vuelta al mundo; los sólidos buques de los balleneros habían llegado hasta los hielos del polo ártico y del polo antártico, canoas malayas que no tienen por mástil más que un bambú, habían agitado sus alas, luchando contra las olas y desafiando el furor de los elementos para contribuir á llenar este almacén.

Las esteras habían sido trenzadas por una india, los geroglíficos negros y encarnados que figuraban encima de una caja habían sido pintados por un laborioso chino; el tejido de junco de aquel fardo había sido atado por un negro del Congo que estaba al servicio de un plantador de Virginia; este tronco de madera tintórea había sido arrastrado por encima de las arenas que habían llevado consigo las olas de Méjico; aquel pedazo de madera de zebra ó de *jacaranda* procedía de los pantanosos y vírgenes bosques del Brasil donde las ardillas y los papagayos habían saltado por encima de sus ramas; el verde fruto del cafetal, venido de casi todas las partes del mundo, se encontraba también en sacos y en barriles; la hoja de tabaco en rollos estaba hacinada en canastas de corteza de árbol, así como el zumo amarillo de la palmera y el dorado cristal de la caña de azúcar; en el citado almacén se veían reunidos la madera, la corteza, los capullos, los frutos, el zumo y el corazón de cien plantas y árboles distintos.

Del seno de este caos surgían también formas y figuras fantásticas y extrañas. A lo último del depósito, detrás del tonel abierto lleno de una masa de color de naranja, ó mejor dicho de aceite de palmera de la costa oriental de Africa, descansa una bestia disforme: es sebo traído de Polonia dentro de una piel entera de vaca. A un lado se encuentran encerrados en enormes fardos atados con cuerdas y aros de hierro quinientos *stok fischs*, y en el rincón, frente á frente de los colmillos de elefante, las aceitosas barbas de una monstruosa ballena.

Antonio, curioso y admirado, permanecía á menudo

solo horas enteras, después que habían cesado las explicaciones de su maestro, en aquel viejo y espacioso almacén, y la nave de la bóveda y las columnas del muro se transformaban á sus ojos en frondosas palmeras de anchas hojas; el murmullo de la calle le parecía el lejano mugido del mar, que no conocía más que en sueños y que oía estrellarse periódicamente del mismo modo contra la costa donde se encontraba al abrigo de la tempestad.

El placer que experimentaba al contemplar las riquezas de este mundo nuevo para él, en el cual gozaba sin peligro, no le abandonó ya más á contar desde este día. Cuando se esforzaba en darse cuenta del carácter de las distintas mercancías, procuraba también, por medio de la lectura de viajes, formarse una idea más clara y precisa de los países de donde venían y de los hombres que las recogían.

Así es que trascurrieron veloces para él los primeros meses de su estancia en la capital, y era una dicha que en sus momentos de distracción pudiese entretener esta conversación aniena y animada con todas las partes del mundo, porque bajo cierto punto de vista, Fink había tenido razón.

Aunque comía cada día en el entarimado comedor, no por eso dejó Antonio de ser menos extraño al jefe de la casa y á toda su familia, y se apercibió muy pronto que entre los señores empleados del escritorio y los individuos de la familia había una barrera que, por muy imperceptible que fuera para los extraños, no era por esto menos impenetrable.

Tenia bastante talento para no murmurar jamás sobre este estado de cosas, pero algunas veces esto le desanimaba; porque, con el entusiasmo propio de la juventud, no tardó en respetar á su patron como el ideal del negociante.

Admiraba su prudencia, su prontitud y firmeza en los negocios, su energía y su noble probidad. Hubiera tenido un placer tan grande en poderle mostrar su adhesión con todo el fuego de su ardiente imaginación, pero fuera del escritorio gozaba poco de la sociedad de su principal.

Cuando M. Schröter no tenía por la noche alguna junta, ó no asistía al club, se consagraba enteramente á su hermana, hácia la cual mostraba una ternura particular. Por ella mantenía un carruaje del cual él nunca se servía; por complacerla frecuentaba la sociedad y hasta daba *soirées* á las cuales Antonio ni ninguno de sus colegas jamás eran invitados.

Entonces inmensidad de coches rodaban por delante de la casa, criados con libreas galoneadas subían y bajaban las escaleras, y sombras fugitivas pasaban por delante de las resplandecientes ventanas de la casa, mientras Antonio sentado en su cuarto, debajo del tejado miraba con envidia la vida esplendente de una casa, de la cual sin embargo formaba parte.

Este sentimiento era muy natural en un joven que contaba apenas diez y nueve años, y que no conocía la elegante sociedad del gran mundo, mas que por las engañadoras descripciones de las novelas que había leído. Pero en honor de la verdad es menester confesar que la razón le recordaba siempre que su puesto no estaba en el salón, y se preguntaba qué papel representaría en aquellas reuniones, si él y sus colegas tan diferentes entre sí por su tono y sus maneras fueran admitidos en ellas.

Pero el lenguaje de la razón no es escuchado siempre con calma y paciencia por la juventud ávida de goces y placeres desconocidos: así también Antonio ahogaba más de un suspiro cuando se retiraba de la ventana y volvía al lado de su lámpara y de sus libros, para olvidar las seductoras melodías de un wals ó de una galop, prestando atención á los rugidos de un león ó al crocitar de una rana en alguna de las regiones tropicales.

VI.

El baron de Rothsattel había dirigido por sí mismo su instalación en la capital. Su casa no era muy grande, pero había presidido tal gusto en la elección de los muebles, en la pintura de las paredes, en los dibujos de los cortinajes y tapices, que era citada en la sociedad como modelo de confortabilidad y elegancia.

Todo se había preparado con el mayor sigilo. Por fin el carruaje nuevamente adquirido se detuvo delante de la casa; el baron ayudó á su esposa á descender de él y la condujo á través de varios aposentos hasta un pequeño gabinete tapizado de terciopelo blanco, con un sol del mismo género y color hecho á tablas en el cielo raso y estrellas de lo mismo plegadas en la pared.

La baronesa encantada con tan delicadas atenciones, abrazó con efusión á su esposo, que se sintió orgulloso y feliz como un monarca. La familia se acostumbó pronto á la vida de la ciudad; los caballos de labor condujeron desde el campo las cajas necesarias y todas las provisiones indispensables.

Al cabo de algunos días, cuando estuvieron instalados y que en las escaleras, en los suelos y en las alfombras bien barridas no se veía la menor huella de paja ni polvo, ya se pudo pensar en salir de casa y en hacer visitas.

Teniendo una gran parte de la nobleza la costumbre de pasar el invierno en la capital, los Rothsattel encontraron en ella á muchos de sus vecinos, amigos y parientes. En todas partes era muy bien recibida una familia tan distinguida, y al cabo de algunas semanas se encontraron en el centro de un gran círculo alegre y amigo del placer.

La baja nobleza, con todos los títulos que los príncipes de Alemania le habían otorgado con largueza, forma una sociedad muy considerable, bastante apartada del resto de los ciudadanos; y si estas reuniones no brillaban siempre por el talento que se desplegaba en ellas, la satisfacción que experimentaban al verse reunidos no era por eso menos agradable.

Por su franca amabilidad no tardó la baronesa en ser el alma del círculo de señoras. Su esposo, que en las primeras semanas había echado de menos sus visitas á la granja y los paseos á caballo por el bosque, se encontró también muy feliz en medio de los amigos de su juventud.

Se había hecho inscribir como socio en un círculo aristocrático, y había vuelto á jugar al billar, juego en el cual se había distinguido en otro tiempo; jugaba gustoso una partida de *whist* ó de *boston*, y en sus horas de placer, discutía sobre política, y cultivaba un poco las artes.

De esta manera pasó la familia agradablemente el invierno, y el baron y su esposa se expresaron mutuamente su sorpresa por no haber pensado más pronto en procurarse aquellas distracciones honestas y agradables.

Únicamente Leonor no se mostraba enteramente satisfecha del cambio de residencia, y continuó justificando los temores que su madre había concebido respecto á la originalidad de su carácter.

Le costaba mucho guardar con sus numerosos parientes las respetuosas atenciones de la etiqueta, y le era mucho más sensible todavía no poder correr la primera al encuentro de los jóvenes á quien había visto en el campo ó á los amigos de su padre que encontraba por casualidad en la calle.

Lo que también le era muy enojoso era el receptáculo en el cual debía llevar á su casa las lecciones del instituto. Era un objeto intermedio entre saco y cartera de cartón, lleno de fastidiosos cuadernos y libros de estudio.

Como á la baronesa no le gustaba que el criado fuese detrás de Leonor llevando los libros, esta iba agitando desdeñosamente el paquete con el brazo, parándose de cuando en cuando para mirar con la altivez de Juno, los grupos de mercaderes y revendedores, los mandaderos callejeros que andaban á cachetes, y los demás círculos que se forman en las plazas de una gran ciudad.

Un día que estaba parada en la calle, con su cartón debajo del brazo como signo de su esclavitud, y un pequeño paraguas en la mano, quiso Dios que apercibiera en la acera al joven con quien se había paseado por el jardín de la casa de campo de su padre, al mismo que había conducido en la barquilla por el estanque.

Se sintió muy gozosa por este hallazgo, porque era para ella un recuerdo agradable del campo, de su poney y de sus cisnes. Estaba todavía á bastante distancia, cuando la perspicaz mirada de Leonor le divisó entre la muchedumbre.

Antonio se acercaba sin verla, y habiendo prohibido la baronesa á su hija ir al encuentro de ningún hombre en la calle, esta se detuvo delante de él poniéndose á golpear fuertemente en el suelo con el paraguas.

Antonio, que como hombre de negocios iba deprimado, levantó los ojos y reconoció con la mayor alegría á su bella señorita.

Se quitó el sombrero ruborizándose, y Leonor vió con placer, en la radiante fisonomía del joven, que á pesar de su cartapacio de pensionista, su aparición le causaba la misma sensación fuerte que la primera vez que la vió.

— ¿Cómo estais, caballero? preguntó Leonor con dignidad, irguiendo su cabecita.

— Muy bien, contestó Antonio, ¡cuán feliz soy de encontraros en la ciudad!

— Habitamos aquí durante el invierno, calle de los Osos, núm. 20, dijo Leonor con menos altivez.

— ¿Me permitiréis que os pregunte cómo está vuestro poney? repuso Antonio respetuosamente.

— ¡Podreis creer que le han dejado en el campo! dijo Leonor algo conmovida. Y vos, ¿qué haceis en la ciudad?

— Estoy agregado á la casa de comercio de M. Schröter, contestó inclinándose el joven.

— ¿Con que sois comerciante! dijo ella; y ¿en qué artículos comerciales?

— En frutos coloniales. En este ramo, es la primera casa de la población, contestó Antonio con cierto amor propio.

— ¿Y habeis encontrado en esa casa personas buenas y amables?

— El patron es muy bueno para mí.

Y continuando su interrogatorio, Leonor repuso:

— ¿Habeis encontrado algunos amigos con quien podais distraeros?

— Algunos conocidos solamente, pero tengo mucho que hacer y durante mis horas libres tengo que estudiar solo.

— En efecto, estais un poco pálido, dijo Leonor mirándole con benevolencia maternal. Es necesario que hagais más ejercicio y que os paseis mucho. He experimentado gran contento al encontraros y tendré una satisfacción en saber que os va bien en vuestra casa de comercio, añadió Leonor recobrando su tono majestuoso.

Le miró todavía un momento, le saludó con la cabeza y desapareció entre la multitud, mientras Antonio con el sombrero en la mano, la seguía todavía con la vista.

Leonor no juzgó prudente hablar en su casa de este

encuentro; únicamente algunos días después, como la baronesa preguntase á su marido:

— ¿En qué almacén nos proveeremos de especias? Leonor levantó la vista del libro y dijo:

— La mejor casa de comercio para los frutos coloniales es la de M. Schröeter.

— ¿Cómo sabes tú eso? preguntó su padre riendo; hablas con la seguridad de un verdadero comerciante.

— Lo he oído en el colegio, contestó Leonor con cierto aire de travesura.

En medio de los placeres que causaban la delicia de su estancia en la capital, el baron no olvidó el objeto principal que le había impulsado á establecerse en ella. Se informó con gran interés de las industrias establecidas por otros propietarios rentistas, visitó las fábricas de la ciudad, y procuró asociarse con teóricos esclarecidos.

Recopiló gran copia de datos y adquirió algunos conocimientos respecto á las máquinas y á los productos de la fabricación. Pero los datos que le habían facilitado eran tan contradictorios y las nociones que había adquirido por sí mismo tan incompletas, que juzgó conveniente no apresurarse demasiado y aguardar que se presentara alguna buena empresa de ventajosos y seguros resultados.

No debemos pasar en silencio que en esta época se había aumentado el tesoro de la familia con un hermoso cofrecito guarnecido de latón dorado.

Este cofrecito, de madera barnizada, con incrustaciones de metal, estaba provisto de una cerradura tan complicada, que un ladrón no hubiera podido abrirla y se hubiera visto obligado á robar también el expresado mueble. En él se encerraban cuarenta y cinco mil escudos en créditos hipotecarios sobre bienes raíces. El baron miraba estos créditos con mucha ternura.

Los primeros días, permanecía horas enteras delante del cofre abierto, y no se cansaba de clasificar los títulos por números, de gozarse en contemplar su blancura y de combinar el medio de amortizar el capital tomado á préstamo.

Aun cuando había, para mayor seguridad, depositado el cofrecillo en el banco de la provincia, era una de sus íntimas alegrías pensar en él. Esta alhaja ocupaba por completo la imaginación de la familia Rothsattel.

La baronesa estaba admirada al ver que su marido intentaba economías que no le eran naturales, de oírle declamar contra los gastos que ocasionan las diversiones y espectáculos, porque según él decía tenía que emplear su dinero, ó bien referir con cierta satisfacción que había ganado la vispera, diez luises de oro al juego.

También, como mujer prudente, empezó á temer que una desgracia inesperada no le hubiera puesto en apuros; pero las protestas de su esposo y una sonrisa de satisfacción que al mismo tiempo asomó á sus labios, la tranquilizaron muy pronto.

Los fugaces pensamientos económicos pasaron efectivamente por chanzas inocentes del baron, porque en cualquiera circunstancia, procuraba, como era natural, ocupar dignamente el puesto debido á su nombre, y los gastos correspondían á su rango y á su fortuna.

Así es que en realidad por el momento no era posible economizar. Su instalación en la ciudad y las necesidades inevitables de la vida del hombre que vive en sociedad, no debían naturalmente disminuir los gastos.

De esto se siguió que habiendo ido el baron á su posesión para arreglar las cuentas de invierno, volviere á la ciudad muy mal humorado. Había adquirido la certidumbre que los gastos del año precedente habían excedido en mucho á los productos, que el presupuesto de ingresos del año venidero no cubriría el déficit y que tenía un descubierto de cerca de dos mil escudos al cual era menester hacer frente.

La idea de que le sería indispensable apartar esta cantidad del valor de aquellos hermosos pergaminos blancos le destrozaba el corazón, y este hombre que en un combate hubiera permanecido impasible en medio de una lluvia de balas, temblaba solo al pensar que en último caso gravaría sus posesiones con una deuda de algunos millares de escudos, y tenía bastante inteligencia para comprender que su especulación debía haberse perdido por la base.

Cuando se quiere adquirir una cantidad cualquiera á costa de las economías diarias, es necesario aminorar los gastos, y lejos de esto él los había aumentado considerablemente.

Sin duda este aumento había sido indispensable, pero esta coincidencia no perdía por esto nada de su importancia ni dejaba de ser desagradable. Desde la época en que todavía no era más que teniente, no había sufrido jamás tan crueles inquietudes.

No podía abandonar la ciudad porque había alquilado la habitación por un número determinado de años; y por otra parte ¿qué hubieran dicho sus amigos de una desaparición tan repentina, y cómo exigir este sacrificio á su esposa y á su hija?

Encerró pues su pesar dentro del corazón y eludió las preguntas de la baronesa, admirada de verle de tan mal humor, diciendo que había sentido mucho frío en el camino; pero la pérdida que había sufrido y que le dejaba en descubierto no cesaba de atormentarle, y cuanto mas vivo y jovial había sido en otro tiempo, mas triste y abatido se mostraba ahora.

Un día que paseaba por la ciudad, le ocurrió entrar en una administración de loterías para comprar un bi-

llete, con la esperanza de obtener un premio que le permitiera cubrir la brecha abierta á su fortuna.

Algunas veces, sobre todo por la noche, cuando salía de un círculo de amigos alegres, él mismo se burlaba de su mal humor y se calificaba de loco y de insensato. En el fondo el desastre no era tan considerable, no era cuestión de vida ó muerte, y en pocos años podían arreglarse satisfactoriamente sus negocios.

Únicamente por la mañana, en el silencio de su gabinete, volvían á asaltarle pensamientos que le descorazonaban, y entonces se veía en apuros para destruir su mal efecto.

En una de estas mañanas le anunciaron la visita de M. Ehrenthal, que venía á traerle el producto de una venta de granos. Cuando el criado pronunció el nombre de Ehrenthal, el baron experimentó una sensación desagradable; aquel hombre era el que le había aconsejado que tomara dinero á préstamo con hipoteca.

También es verdad, se decía á sí mismo un segundo después, que Ehrenthal no le había aconsejado que fuera á establecerse en la ciudad, pero sin embargo le tenía ojeriza y por este motivo le acogió mas friamente que de costumbre.

M. Ehrenthal era hombre de negocios demasiado experimentado para hacer caso del humor de sus clientes. Contó su dinero y se mostró como siempre pródigo en protestas de adhesión.

El baron permaneció frío é impenetrable hasta que Ehrenthal, en el momento de retirarse, le preguntó como suele decirse á quema ropa:

— ¿Habeis obtenido los créditos hipotecarios, señor baron?

— Sí, contestó M. de Rothsattel con sequedad.

— Causa lástima verdaderamente el ver esos cuarenta y cinco mil escudos permanecer ahí inactivos como si no existieran. Al señor baron le es igual ganar ó dejar de ganar algunos miles de escudos, pero para nosotros pobres diablos no lo es. En este momento se presenta un negocio bueno y seguro; pero desgraciadamente tengo empleado mi dinero, y veo escaparse de entre las manos un beneficio líquido de cuatro mil escudos.

El baron escuchó atentamente y el agente continuó mas animado:

— Señor baron, me conocéis hace ya muchos años y me teneis por un hombre honrado; sabeis también que no me hallo desprovisto de algunos recursos y así me dispensareis que me tome la libertad de proponeros que me prestéis por tres meses diez mil escudos de vuestros créditos hipotecarios; os entregaré por el capital una letra á mi cargo, que equivale á dinero contante. Hay cuatro mil escudos á ganar en el negocio. El beneficio le partiremos á medias con el señor baron á título de intereses. Vos no correis ningun riesgo y hacemos el negocio en participación. Si sale mal, yo soporto solo las pérdidas, y dentro de tres meses os reembolso vuestros diez mil escudos.

Este discurso del agente, aunque es de suponer que no ha causado ningun efecto al lector, resonó en los oídos del baron como la voz de alarma en un mal vivac. Escuchó con todos sus cinco sentidos agitado por una violenta alegría. Apenas tuvo la calma suficiente para decir:

— Ante todas cosas, es necesario que yo sepa de qué naturaleza es el negocio que pensais hacer con mi dinero.

Ehrenthal le expuso en pocas palabras el negocio. Se le había propuesto la compra de una gran cantidad de madera. Esta estaba en lo interior de la provincia y era necesario hacerla descender por el río.

El agente sacó de su bolsillo un papel que indicaba la cantidad, el precio de compra, los gastos de transporte hasta la capital y el precio en venta, demostrándole al baron que en el espacio de seis semanas ó dos meses, se habría realizado un beneficio considerable.

El baron examinó atentamente las cifras trazadas en el papel. Si la cuenta estaba exacta, el beneficio era claro como la luz del día. Pero antes de entrar en ningun arreglo, hizo todavía una pregunta muy natural.

— ¿Cómo se comprende que el propietario de la madera pudiendo realizar un beneficio seguro, deje escapar un negocio tan bueno?

El agente se encogió de hombros.

— Al que se le viene á la mano un negocio no debe preguntar, por qué el otro cede la mercancía á tan buen precio. El que está apurado no puede aguardar dos ó tres meses. El río está cubierto de hielo y el hombre necesita su dinero dentro de dos ó tres días.

— ¿Estais bien seguro, preguntó el baron, que el derecho del vendedor es incontestable?

— Yo tengo confianza en él, dijo el agente. Si le facilito el dinero antes de la tarde la madera es mía.

Era muy sensible para nuestro hidalgo aprovecharse del apuro de otro, por mucho que deseara la ganancia propia.

— Me repugna, dijo con dignidad, especular con la desgracia.

— Pues qué, ¿acaso va á perder algo el vendedor? Es un especulador: hoy tiene necesidad de dinero, porque tal vez se le presenta un negocio mas ventajoso, y por lo mismo es menester que ceda á otro el beneficio de una especulación de menos importancia. Ha ofrecido entregar toda la remesa por diez mil escudos contantes. Yo no debo preguntarle si puede ganar mas con mi dinero que yo con su madera.

Lo que M. Ehrenthal decía era exacto, solo que en su relato había muchas reticencias. El vendedor era un especulador desgraciado que, acosado por sus acreedores, temía un embargo, y quería burlar sus codiciosas espe-

ranzas vendiendo pronto y en secreto á un extranjero y desaparecer en seguida con el producto de la venta.

Tal vez M. Ehrenthal estaba en el secreto; tal vez el mismo baron presentía que había alguna ambigüedad en un negocio en que el beneficio se reportaba con tanta facilidad; á lo menos con su manera de mover la cabeza daba á entender que todo aquello no le parecía bastante claro.

De todos modos, arriesgaba poco, y su responsabilidad estaba á cubierto; prestaba su dinero á un hombre de una solvencia asegurada á quien conocía de larga fecha como pudiente y puntual, y conseguía al mismo tiempo desembarazarse de una inquietud que no le dejaba ni un momento de descanso.

Se veía demasiado atormentado para pensar que esto era tal vez rechazar el genio del mal para abrir la puerta á Belcebú en persona. Mandó enganchar el coche y dijo con aire de protección:

— Dentro de una hora, tendreis el dinero.

Ehrenthal dió las gracias al baron con grande expansión y redactó en el acto una letra de cambio en toda regla, mostrando al marcharse un rendimiento que contrastó singularmente con el ligero movimiento de cabeza del baron.

Desde este día el baron vivió angustioso y atormentado. Su imaginación le conducía siempre á recordar la conversación tenida con el agente de negocios. Sentado á la mesa del té, al lado de su esposa, mientras hablaban del teatro y de los conciertos, erraba como alma en pena por en medio de maderos, ó bien se sentía aplastado bajo el peso de largos tablones que caían encima de él. Cuando examinaba los cuadernos de dibujo de su hija, veía diseñarse en todas partes, bajo las cubiertas, en el margen, la figura de Ehrenthal reproducida hasta lo infinito lanzándole una irónica mirada.

Siempre que salía á caballo, la cabeza del corcel se dirigía hácia el río, y la sombría mirada del jinete, se fijaba involuntariamente en los témpanos de hielo que arrastraban las aguas, y en los que venían á estrellarse contra los bordes del muelle.

Hacia ya mucho tiempo que Ehrenthal no se había dejado ver. Por fin, una hermosa mañana, apareció haciendo sus corvetas de costumbre, y sacando de su bolsillo un paquete, exclamó con aire de triunfo:

— ¡Señor baron, el negocio ha dado el resultado apetecido! aquí teneis vuestros créditos, y además, dos mil escudos, por la parte que os corresponde en los beneficios.

El baron puso vivamente la mano encima del paquete. Eran los mismos pergaminos blancos que con tanta pena había retirado del banco, y además un legajo de bonos contra el Tesoro.

Esta vez apenas escuchó el baron el diluvio de palabras del agente; sentía su corazón libre de un gran peso, había vuelto á entrar en posesión de sus créditos, y estaba cubierto el déficit de su hacienda. Ehrenthal fué despedido cordialmente, y este día el baron no tuvo que violentarse por aparecer amable.

El mismo día compró para su mujer un aderezo de turquesas que hacia mucho tiempo que deseaba en silencio.

Desde este momento, la frente del baron no se anubló, y si por casualidad venía á molestarle alguna reminiscencia de las semanas anteriores era muy imperceptiblemente. La cabeza de su potrilla, al parecer, no buscaba con la frecuencia que antes la dirección del río, y cuando el jinete era saludado en la calle por M. Ehrenthal, sentía interiormente una viva repugnancia hácia el feliz especulador y le contestaba con mucha indiferencia.

No obstante, una triste sombra de lo pasado debía todavía pesar sobre el ánimo del baron. Estaba en el aposento de su esposa, leyendo un periódico, cuando sus ojos se fijaron en un edicto expedido contra un comerciante en maderas fugitivo, perseguido por bancarrota fraudulenta.

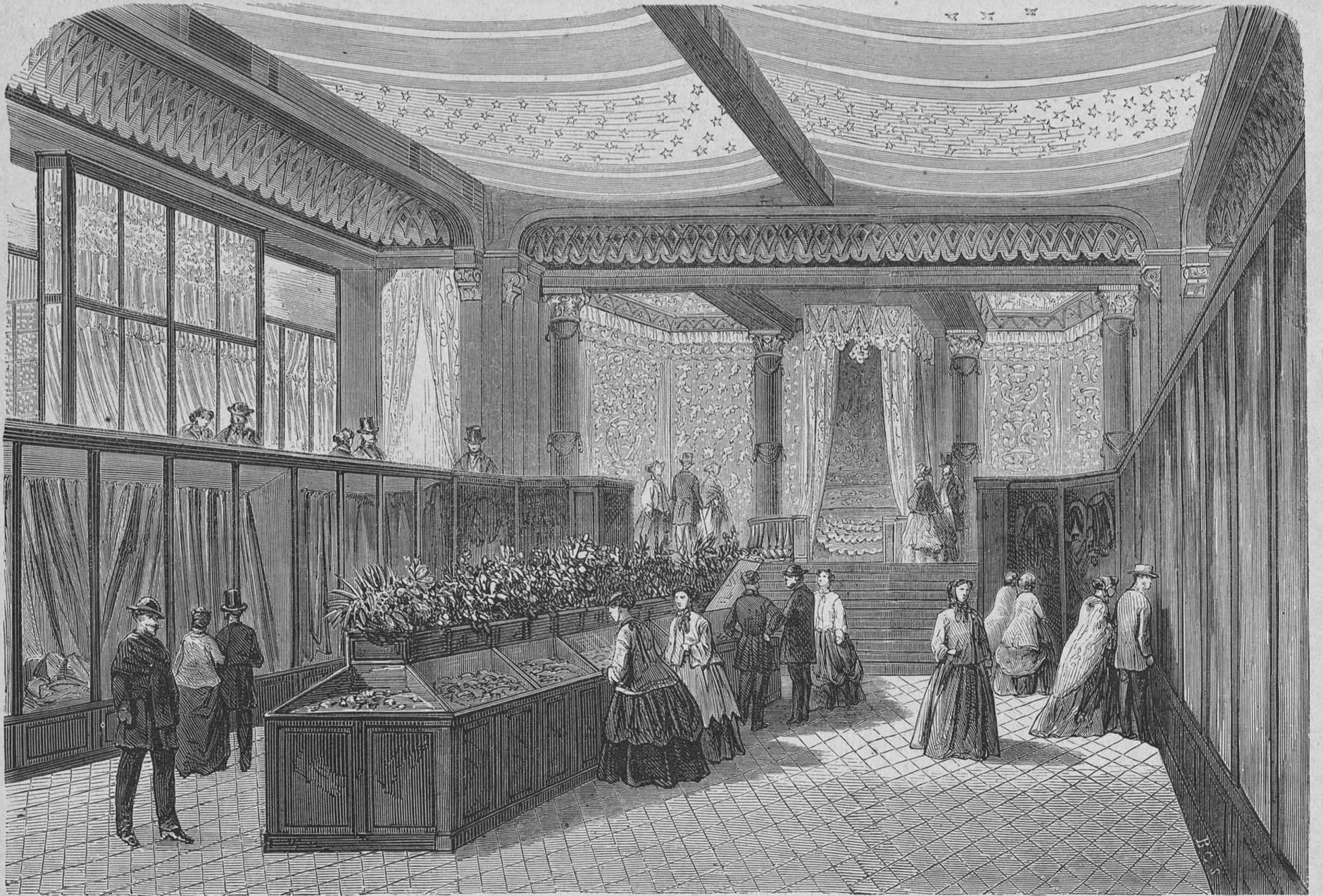
Dejó el periódico, un sudor frío inundó su frente, y el intrépido caballero lo quitó de encima de la mesa para ocultarlo debajo de los libros y de todos los papeles de su pupitre. ¡Si fuese este quebrado el mismo comerciante en maderas! Ehrenthal no le había nombrado á nadie.

(Se continuará.)

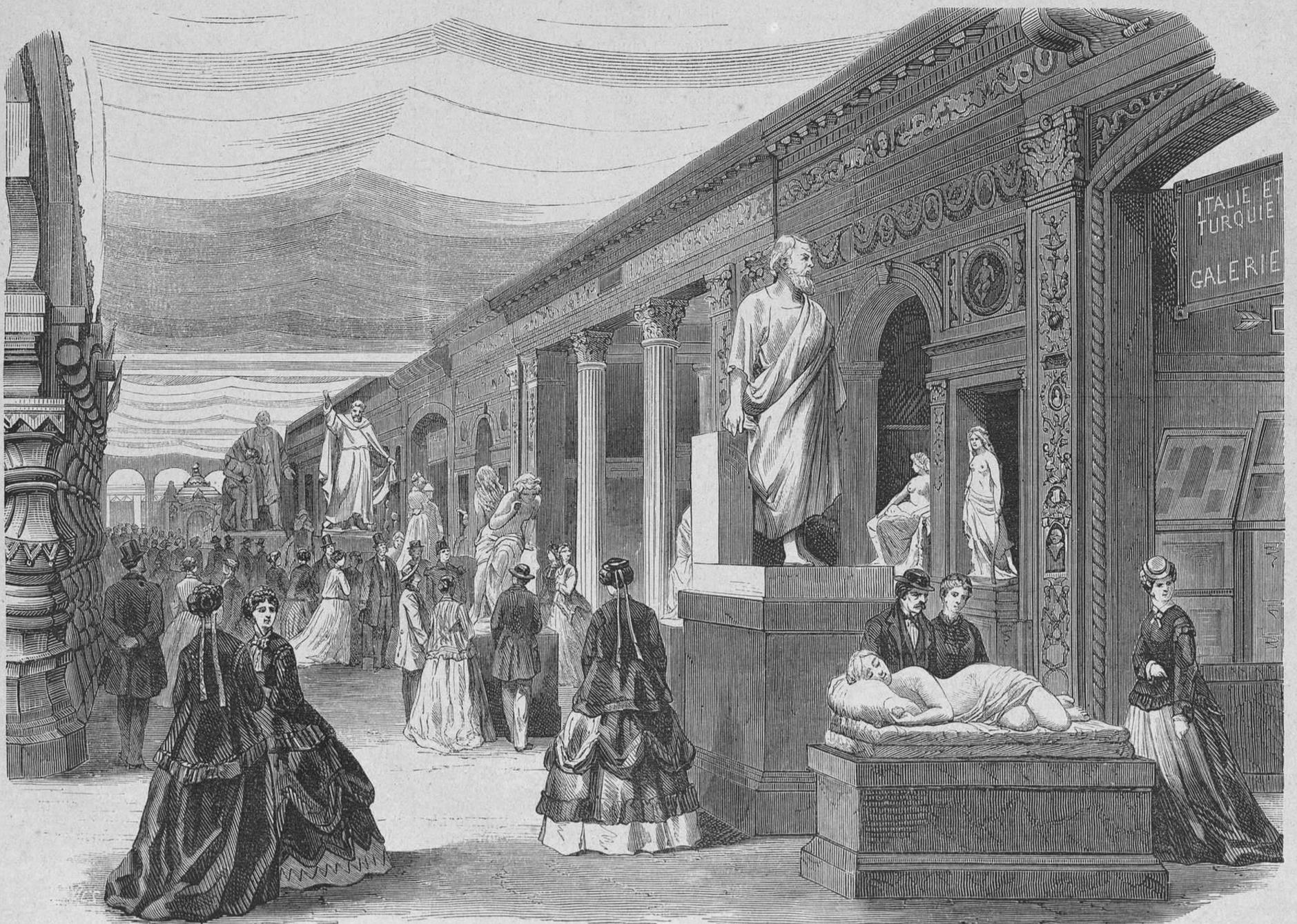
Exposicion universal de 1867.

SECCION SUIZA: Galería de los Muebles (colgaduras y encajes). — SECCION ITALIANA: La fachada de la calle de Rusia. — PARQUE FRANCÉS: El juego de campanas.

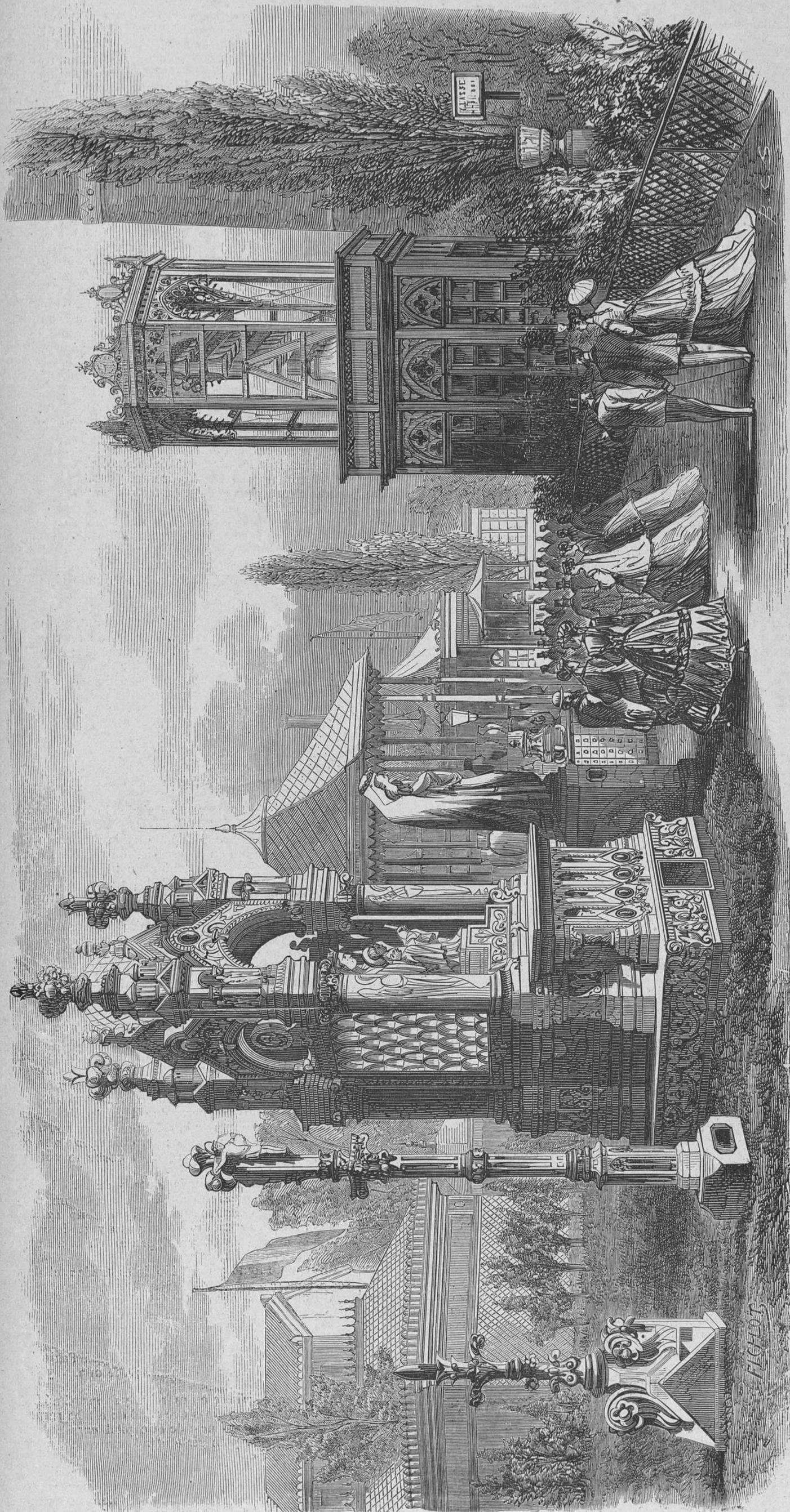
La seccion suiza tan reducida como es, no se nos ofrece menos valerosa en los trabajos de la paz que en los de la guerra. Desde luego conquistó su puesto en el Campo de Marte, como le había conquistado en Europa en los desfiladeros de Morgarten, en Sempach y en Nœfels. Se encuentra bien á la altura de la ciencia moderna, lo cual no debe sorprender á nadie. Con efecto, los hombres se inclinan allí naturalmente hácia los altos y sólidos estudios, y la instrucción primaria es gratuita y obligatoria. No se dice allí, y con razon, que esta obligación es atentatoria á la autoridad del padre de familia. En las sociedades antiguas, donde los padres tenían derecho de vida y muerte sobre sus hijos, quizás el argumento habría podido ser válido, pero no lo es en las sociedades nuevas.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galeria de los Muebles; seccion suiza.



La calle de Rusia, por el lado de la seccion italiana.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El juego de campanas: vista tomada por la avenida de Champagne.

Sea como quiera, volviendo á la laboriosa república Suiza, diremos que sin cesar se perfecciona y crece. En esa colmena, cada abeja fabrica libremente su miel, y sabe resueltamente guardarse de los zánganos. Sobre este último punto tiene hechas sus pruebas, y hé ahí explicado por qué va en auge y por qué ocupa un puesto tan honroso en la Exposicion universal de 1867. En cuanto á su material agrícola y sus máquinas, no le cede en nada á las naciones rivales, y hay ciertos ramos en que puede dar lecciones.

Por ejemplo, sus bordados del canton de Appenzell son hermosísimos y no temen comparacion alguna. Tambien son excelentes los productos que salen de sus fábricas de telas de algodón y seda, lienzo crudo y cintas. Su relojería, la de Berna y Neufchâtel y sobre todo la de Ginebra, se impone legítimamente á la atencion de los visitantes; ¿y puede haber nada mas delicado, de un trabajo mas fino que sus esbeltas esculturas y sus encajes de madera del Oberland?

La Exposicion de 1867 ha puesto, pues, en evidencia los incontestables progresos de la Suiza. Ya se conocia la actividad de su industria y la importancia de su comercio de tránsito; pero ¿qué de dificultades ha tenido que vencer! Sus montañas, barreras inexpugnables, han sido taladradas: un túnel aquí, un viaducto allí, un trabajo de Hércules y de gigante consumado á fuerza de voluntad. Hoy se han concluido los obstáculos. La via está plana y libremente se dirige á Alemania, á Francia y á Italia.

El el plano del Campo de Marte, la Italia está menos próxima á la Suiza que en el mapa de Europa, donde se tocan estas dos naciones. Efectivamente, en el palacio de la Exposicion universal hay entre ellas dos España, Portugal, Grecia, Suecia y Noruega y Rusia; nada menos que eso. La Italia hace frente á esta última potencia y la calle que separa la seccion italiana de la seccion rusa, se llama la calle de Rusia. La reunion en tal sitio de estas dos naciones tan poco semejantes, extraña y daría materia á singulares reflexiones; pero esto podría conducirnos algo lejos, y haciendo abstraccion de tal asunto nos limitaremos á visitar la seccion italiana.

La fachada de la seccion de Italia que se ve representada en nuestro dibujo es sumamente curiosa. Ante todo, echemos una ojeada á las esculturas. En cuanto á escultura la palma es para la Italia, triunfo justísimo, pues ha presentado obras de gran mérito.

En primer lugar figura un Napoleon moribundo que ha sido comprado por el gobierno francés. Al pié de esta magnífica estatua se lee: *Gli ultimi giorni di Napoleone*. El emperador está reclinado en un sillón donde yace, digámoslo así, anonadado por la implacable muerte. Con su ojo penetrante que la ve venir, parece que todavía la hace vacilar y la detiene.

Siguen luego la *Piedad*, de Dupré, de Florencia, un primer premio, y el *Sueño de la inocencia*, otro premio: autor, señor Argenti, de Milan. Una niña duerme desnuda, en una actitud llena de gracia y de abandono. En la mano tiene una rosa. ¿Qué cosa mas fácil que arrebatársela esta rosa? Es evidente que la confiada criatura no ha pensado nunca que hay ladrones.

Hé aquí la *Jóven leyendo*, de Magni, y su *Sócrates*, y la guerrera *Camila*; hé aquí el grupo de *Hugo Foscolo*, de Tabacchi, y la *Carlota Corday*, de Miglioretti. ¿En qué piensa la jóven girondina, sentada y apoyada de codos en el respaldo de su silla? Su ojo aparece sombrío, el rostro contraído, la actitud terrible. ¿Dónde está la mujer? Mirando su pié se la descubre. Ese pié rebosa finura y coquetería. Entre los bordados de la enagua que le roza se destaca con una gracia indescriptible. Mencionaremos tambien otra joya, el *Amor mendigo*, de Cambi. Es imposible imaginar nada mas lindo.

No se vaya á creer que son estas

todas las riquezas de la exposicion italiana. Nada de eso: la Italia nos ha traído todos los esplendores del arte industrial, sus embutidos, su joyería artística, sus mosaicos, sus porcelanas, sus cristalerías de Venecia. Mucho habria que escribir para hablar convenientemente de todo esto. Sin embargo, diremos sobre ello algunas palabras.

Sus muebles son elegantes y de buen gusto, y muchos de ellos tienen un valor artístico incontestable. Hay entre otros un magnifico aparador de encina, que es todo un monumento. Cabezas de venado y de jabalí, liebres, perdices, conchas de toda clase, peces y langostas, hé ahí los adornos que se observan en sus distintas partes. Unas esfinges acurrucadas sostienen el cuerpo superior que está coronado con un escudo flanqueado con dos compoteras llenas de fruta.

Hay tambien un notabilísimo bufete de ébano, con vasos, medallas y bajo-relieves de marfil. Un gran medallón central representa el Parnaso francés. En lo alto está el Pegaso con las alas desplegadas y tomando su vuelo sin duda hácia el doble monte en donde brotaba Castalia, la fuente de las aguas inspiradoras. Luego se ve á Luis XIV, el monarca protector de los poetas... que le adulaban. Aquí está la musa, que sin la gracia la llamaban en su tiempo la Safo, Magdalena de Scudery; luego otra musa madama de Souza, que escribió con su delicada pluma *Adela de Senanges, Emilio y Adolfo* y la *Condesa de Fargy*. Sigue madama Deshulieres, una hieldad perfecta, según los contemporáneos, y además una verdadera musa, cuyos bonitos idilios no se han olvidado todavía. Por fin vemos aquí los grandes poetas de la Francia. Corneille y Racine, Molière, Racan, Quinault, Segrais y La Fontaine. No hablo aquí de una porcion de genios menudos que revolotean por todas partes.

Mucho habria que decir sobre la cerámica italiana. Sabido es que la Italia ha sido la cuna de las lozas artísticas, y si no fué lo mismo en las porcelanas, al menos es justicia señalar su porcelana de Doccia, que no es ni la de Sèvres ni la de Sajonia, esos modelos que han visitado todas las fábricas de Europa. Pero falta espacio para hablar de todo esto en el presente artículo, y además, hé aquí que estoy oyendo un alegre repiqueo que resuena en el parque. Es un hermoso juego de campanas completísimo, donde tienen marcado su puesto todas las notas de la escala. Con efecto, se compone de cuarenta y tres campanas que cada vez que da la hora en el reló del palacio, se ponen á cantar en cadencia, arrojando al aire, que se las lleva lejos, sus notas de plata y oro. Este juego de campanas ha sido una de las alegrías de la Exposicion de 1867. C. P. D.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Los aldeanos le saludaron con bromas que no cesaron hasta que hubo terminado la cena de aquel hombre, quien con objeto de unir lo útil á lo agradable, tuvo la ingeniosa idea de desempaquear todos sus géneros para ver si tentaba á sus oyentes.

— ¿Qué es eso, John? ¿es para comer? preguntó un chusco del pueblo, señalando con el dedo unas pastillas de jabón colocadas en una esquina de la caja.

— Esto, exclamó el buhonero tomando una de las pastillas y enseñándosela á los concurrentes, es una composición infalible é inapreciable para quitar toda clase de manchas pequeñas ó grandes en cualquier clase de telas como seda, batista, percal, paño, crespon, merino, muselina y cuantos tejidos haya. Las manchas de vino, fruta, cerveza, pintura, aceite y todas las demás, desaparecen con ayuda de esta infalible é inestimable composición. Si una dama tiene una mancha en su honra, bástele tomar una de estas pastillas para quedar completamente limpia... pues esto es veneno. Si un caballero quiere dar una prueba de su honor, no tiene mas que comerse una, y aquel quedará para siempre fuera de cuestion. El resultado es tan satisfactorio como disparándose un pistoletazo, y como el sabor es algo desagradable, honra mucho mas el usarlo... ¡Un penique la pastilla! ¡Todo esto por la bagatela de un penique!

Presentáronse al instante dos compradores, y como el resto del auditorio vacilaba, el vendedor redobló su locuacidad.

— No se puede fabricar lo suficiente, dijo, pues al momento se lo llevan todo. Hay catorce molinos, seis máquinas de vapor y una pila eléctrica, que están en continuo movimiento, sin que todo esto baste. Los obreros trabajan tanto, que al fin revientan, y sus viudas reciben una pension anual de 20 libras esterlinas por cada hijo, con una prima de 30 para dos gemelos. ¡Un penique la pastilla!... ¡un penique la pastilla! Se quitan las manchas de vino, fruta, cerveza, pintura, barro, y hasta las manchas de sangre... Hé aquí una mancha en el sombrero de uno de vosotros; voy á quitarla an-

tes que haya tiempo de servirme un jarro de cerveza.

— ¡Hola! gritó Sikes estremeciéndose, dadme mi sombrero...

— Voy á limpiarle, señor, contestó el buhonero, haciendo una señal de inteligencia á los concurrentes, antes que hayais tenido tiempo de atravesar la sala. Observad bien, señores, la mancha negra que tiene este sombrero; ya sea una mancha de vino, de fruta, de cerveza, de barro, de pintura, ó de sangre...

No pudo continuar, pues Sikes, profiriendo espantosas imprecaciones, derribó la mesa, y arrancándole el sombrero de las manos, lanzóse fuera de la taberna.

Presa de nuevo de la irresolucion que le habia atormentado á su pesar todo el día, el asesino, viendo que no le seguian, y que probablemente le habian tomado por un borracho de mal humor, tomó el camino de Lóndres. Al pasar por cierta calle, apartóse prudentemente de la luz de los faroles de una diligencia que estaba parada, y prosiguió su camino despues de ver que era la mala, que volvia de Lóndres, y se habia detenido á la puerta de la casa de correos. Suponia lo que iba á pasar, pero se paró para oír lo que se decia.

Hallábase el conductor del correo delante de la puerta, esperando á que le diesen el saco de la correspondencia, y se le acercó un hombre en traje de guarda-bosque, á quien entregó una cesta que estaba en el suelo.

— Esto es para vos, dijo el conductor; vamos, ¿no habeis concluido todavía? Antes de ayer tampoco estaban prontos vuestros malditos despachos, y esto no puede seguir así; ¿me oís?

— ¿Qué ocurre de nuevo en la ciudad, Benjamin? preguntó el guarda-bosque mirando los caballos con atencion.

— Nada que yo sepa, contestó el otro poniéndose los guantes; el trigo está en alza. Tambien he oido hablar de un asesinato cometido hácia la parte de Spitalfields; pero no creo que sea cierto.

— ¡Oh, vaya si lo es! exclamó un viajero sacando la cabeza por la portezuela; es un horrible asesinato.

— ¿Con que es cierto? preguntó el conductor llevando la mano á su sombrero; ¿es un hombre ó una mujer?

— Una mujer, repuso el viajero, y se supone que...

— ¡Vamos, vamos, Benjamin! gritó el postillon con impaciencia.

— ¡Malditos despachos! exclamó el conductor: ¿si estarán durmiendo ahí dentro?

— Ya va, dijo el jefe presentándose con la correspondencia.

— Vamos, dadme eso pronto... ¡En marcha! gritó el conductor.

Y tocando su bocina, partió el coche como una exhalacion.

Sikes permaneció inmóvil en la calle, indiferente en apariencia á lo que acababa de oír, y sin mas preocupacion que la de saber adónde dirigirse. Al fin, tomó con paso resuelto el camino que conduce de Hatfield á Saint-Albans; pero cuando hubo dejado á Lóndres atrás, internándose en la soledad y tinieblas del camino, sintióse dominado por un sentimiento de terror y de espanto que le conmovió hasta el fondo del corazón. En torno suyo, todos los objetos, reales ó imaginarios, tomaban un aspecto formidable; pero estos temores no eran nada en comparacion de los que le hacia experimentar el recuerdo incesante de aquel espantoso cadáver de la mañana, que le parecia sentir á su lado.

Podia distinguir, hasta en los menores detalles, sus formas en medio de la sombra; veíale avanzar con aire siniestro y solemne; oía el roce del vestido de su víctima contra los matorrales, y cada soplo del viento traía á sus oídos el eco de aquel grito supremo y ahogado.

Si se paraba, parábase la fantasma tambien; si corría, seguía la fantasma, no corriendo, que esto al fin hubiera sido un consuelo, sino como un cadáver dotado aun del simple mecanismo de la vida, arrastrado en alas de algun viento fúnebre que inspiraba pavor.

Volviase á veces, con la energia de la desesperacion, resuelto á rechazar la fantasma; pero entonces, erizábanse sus cabellos y se le helaba la sangre en las venas. El espectro habia seguido sus movimientos é iba siempre detrás de él; aquel cadáver que durante la mañana no habia perdido de vista un momento, le perseguía sin cesar.

Recostóse entonces contra un árbol y la fantasma hizo lo mismo: veíale perfectamente á pesar de las tinieblas; tendióse luego en el suelo, y la fantasma le imitó, permaneciendo inmóvil y silenciosa, semejante á una losa sepulcral con el epitafio trazado con caracteres de sangre.

¡Que hablen luego de los asesinos que se escapan de la justicia! ¡Que nos digan que es preciso que á veces la Providencia se duerma! Un solo minuto pasado en este paroxismo de terror, ¿no es acaso mas terrible que mil muertes violentas?

Al penetrar en un campo, vió cerca del camino un cobertizo que le ofrecia abrigo para pasar la noche; ante la puerta, veíanse tres grandes arbustos cuyas hojas agitaba el viento con un silbido lúgubre. El asesino, que no podia continuar su marcha hasta que amaneciese, se recostó contra la pared... pero allí le esperaban nuevos tormentos.

Tuvo una vision mas obstinada y terrible que la de que acababa de sustraerse; aquellos ojos extraviados y moribundos que viera por la mañana, y que habia preferido mirar antes que figurárselos ocultos bajo la colcha, se le aparecieron en medio de las tinieblas; brillaban, pero no difundian claridad alguna á su alrededor,

y parecían hallarse en todas partes. Si el bandido cerraba los ojos, pareciale ver con el pensamiento el cuarto de la víctima con los mas insignificantes objetos que encerraba, todos en su puesto acostumbrado; hallábase el cadáver tambien en el mismo sitio, y sus ojos brillaban siempre del mismo modo. Levantóse el asesino y se lanzó á través de los campos, pero siguióle la aparicion; entonces volviése al cobertizo y se recostó de nuevo contra la pared, mas antes que tuviese tiempo de colocarse con comodidad, vió los dos ojos fijos en él.

Permaneció entonces inmóvil, presa de un terror indefinible, con la frente cubierta de un sudor frio y temblando como un azogado. De repente un lejano tumulto dominó el rumor del viento, y se oyeron gritos de desesperacion y exclamaciones de sorpresa.

Aquel ruido inesperado le consoló un poco, y sintió algun alivio al oír voces humanas en aquel paraje solitario, por mas que esto fuese para él un motivo grave de alarma. Recobró sin embargo sus fuerzas y su energia en presencia de un peligro personal, y levantándose precipitadamente, lanzóse fuera del cobertizo.

El cielo aparecia de color de fuego, y elevábanse en el aire torbellinos de llamas, que lanzando una lluvia de chispas, iluminaban la atmósfera en varias millas á la redonda. Los gritos eran mas agudos á medida que se aumentaban, y pudo oír las voces de ¡fuego, fuego! mezcladas con el tañido de la campana, el estruendo de las paredes al desplomarse y el crujimiento de las vigas consumidas por el devorador elemento.

El ruido aumentaba cada vez mas, y veíase en derredor del incendio una inmensa multitud de hombres y de mujeres, todos corriendo de un punto á otro.

Aquello fué para Sikes una nueva vida: lanzóse con la cabeza baja en direccion del fuego, abriéndose paso por entre las malezas y las breñas, y escalando como un loco las cercas y vallados, en tanto que su perro corria delante, ladrando con todas sus fuerzas.

Bien pronto llegó al teatro del siniestro, donde se veian gentes á medio vestir corriendo de un punto á otro; esforzándose los unos en sacar fuera de las cuerdas los caballos espantados, haciendo otros salir el ganado de los patios y establos, y corriendo algunos en fin, cargados de objetos que habian podido sustraer al incendio, arrostrando una lluvia de fuego.

Por todas las aberturas que una hora antes eran puertas y ventanas, escapábanse torrentes de llamas; hundíanse las paredes con pavoroso estruendo; el plomo y el hierro se fundian, formando hirvientes arroyos; las mujeres y los niños lanzaban gritos de terror; animábanse los hombres mutuamente con ruidosas exclamaciones, y el estrépito de las bombas y el silbido del agua al caer sobre las maderas abrasadas, formaba un conjunto discordante.

El asesino comenzó á gritar fuego, como los demás, con toda la fuerza de sus pulmones, y olvidando un instante su posicion, arrojóse en lo mas fuerte del tumulto.

Pasó la noche, tan pronto trabajando en las bombas, como lanzándose á través de las llamas y del humo, mostrándose siempre allí donde habia mas ruido y mas gente. Veíasele ora en las escalas, ora sobre los tejados, que amenazando ruina, temblaban bajo su peso exponiéndole á una caida; en todas partes estaba, pero siempre invulnerable, sin recibir ni una contusion ni un arañazo.

Al fin apareció la aurora, iluminando con sus primeros albores un monton de ruinas ennegrecidas.

Pasados aquellos momentos de agitacion febril, el bandido volvió á pensar de nuevo en su espantoso crimen. Miró á su alrededor con inquietud, pues veia algunos grupos de hombres que hablaban entre sí, y temia ser el objeto de su conversacion.

El perro obedeció á una señal enérgica que le hizo, y ambos se alejaron á hurtadillas; pero habiendo llamado á Sikes algunos hombres que estaban sentados junto á una bomba, invitándole á que tomase algo con ellos, sentóse y comió un poco de pan y carne. En el momento de apurar un vaso de cerveza, oyó hablar del asesinato á varios bomberos que llegaban de Lóndres.

— Parece, dijo uno de ellos, que el criminal ha huido por la parte de Birmingham; pero bien pronto le cogerán; pues antes de mañana por la noche se habrá registrado todo el reino.

Alejóse Sikes precipitadamente y anduvo hasta no poder mas; entonces se echó á la orilla de un camino y durmió largo tiempo, pero con un sueño agitado y penoso. Despues comenzó á vagar otra vez, siempre indeciso y poseido de terror al pensar en la noche que cometiera el crimen.

De repente tomó un partido desesperado: el de volver á Lóndres.

Allí al menos, pensó, tendré alguno con quien hablar, suceda lo que quiera; es un buen punto para ocultarse, y acaso no piensen en buscarme despues de haberme perseguido por el campo. ¿No podré permanecer allí una semana ó dos, y obligar á Fagin á que me dé con que pasar á Francia? ¡A fé mia, voy á correr este riesgo!

Así diciendo, púsose en marcha, y se aproximó á Lóndres por los caminos mas extraviados; estaba resuelto á ocultarse á poca distancia de la capital para entrar en ella al anoecer y dirigirse, dando un rodeo, al punto que se proponia.

¡Pero y el perro!... era de suponer que al dar la filiacion del asesino no habrian olvidado mencionar que su perro habia desaparecido, probablemente para seguirle, y esto podia muy bien contribuir á que le prendiesen en la calle. Resolvió pues ahogar al animal, y

cogiendo una piedra bastante grande, que ató á su pañuelo, continuó su camino, buscando con los ojos un estanque.

El perro miraba á su amo al hacer estos preparativos, y bien sea que su instinto le advirtiese del peligro que corría, ó ya que el bandido le mirase con aire mas siniestro que de costumbre, quedóse prudentemente un poco detrás. Cuando el bandido se detuvo á la orilla de un estanque y le llamó, paróse de repente.

— ¡Aquí! gritó Sikes silbando á su perro.

El animal adelantó en fuerza de la costumbre; pero al bajarse Sikes para atarle el pañuelo al rededor del cuello, lanzó un gruñido y se hizo algunos pasos atrás.

— ¡Aquí! repitió el bandido dando una patada en el suelo.

El perro meneó la cola, pero sin moverse; Sikes hizo un nudo corredizo y le llamó de nuevo.

El perro se adelantó, retrocedió, se detuvo otra vez un instante y echó á correr huyendo.

Sikes le silbó varias veces y se sentó para esperarle, creyendo que vendría; pero viendo que no, emprendió su marcha.

XLIX.

Comenzaba el día á declinar cuando Brunlow bajó de un coche, delante de la puerta de su casa, y llamó suavemente á la puerta, que se abrió al momento. Entonces vióse salir del coche un hombre robusto, que fué á colocarse á un lado de la portezuela, en tanto que otro que estaba en el pescante hacia lo mismo; y á una señal de Brunlow, sacaron entre ambos del carruaje á un tercer individuo, á quien hicieron entrar por fuerza en la casa. Aquel hombre era Monks.

Subieron todos la escalera sin decir una palabra, y Brunlow, que iba delante, les introdujo en una habitación interior. Llegados á la puerta, Monks que avanzaba resistiéndose, se detuvo de repente. Los dos hombres miraron á Brunlow como para preguntarle qué debían hacer.

— Ya sabe á lo que se expone, dijo Brunlow; si resiste, si mueve solamente un dedo sin vuestro permiso, arrastradle á la calle, llamad á la policía y hacidle prender en mi nombre como falsario.

— ¿Cómo os atreveis á darme ese nombre? preguntó Monks.

— Y vos, jóven, ¿cómo os atreveis á impelerme á semejante extremo? contestó Brunlow mirándole fijamente. ¿Seriais bastante loco para salir de esta casa? — Soldad. — Vamos, caballero, ya estais en libertad, y podeis marcharos, así como nosotros podemos seguirlos; pero os advierto en nombre de todo lo que hay mas sagrado, que en el instante mismo de poner el pié en la calle os mando prender como falsario. Mi resolución es inmutable, y si persistís en resistiros, caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza.

— ¿Y con qué derecho os habeis apoderado de mí en la calle, valiéndoos de esos bribones? preguntó Monks mirando á los dos hombres que estaban á su lado.

— Con el mio propio, contestó Brunlow, y advertid que tomo sobre mí toda la responsabilidad de este acto. Si tan á mal llevais que os prive de vuestra libertad, invocad la ley para que os proteja, que yo tambien recurriré á ella; pero si me poneis en la imposibilidad de retroceder, no conteis con mi intervencion indulgente al encontraros en manos de la justicia, ni digais entonces que yo os he precipitado en el abismo donde os habeis arrojado vos mismo. Por lo demás, convenid en que habiendo podido escaparos cuando os conduciamos aquí, os ha parecido mas prudente estar quieto.

Monks, desconcertado é inquieto, parecia vacilar.

— Resolvedos pronto, continuó Brunlow con acento firme y sereno; si preferís que os persiga judicialmente, atrayendo sobre vos un castigo cuya sola idea me espanta, pero al cual no podré sustraeros, os repito una vez mas que ya sabeis lo que teneis que hacer; pero si por el contrario apelais á mi indulgencia y á la compasion de aquellos con quienes habeis observado una conducta tan criminal, sentaos sin decir palabra en ese sofá. Hace ya dos dias que se os espera.

Monks murmuró algunas palabras ininteligibles y permaneció indeciso.

— Despachad, dijo Brunlow; no tengo que decir mas que una palabra, y acaso entonces sea ya demasiado tarde para resolveros.

Monks vacilaba todavía...

— No tengo intencion de parlamentar mas tiempo, añadió Brunlow, y ni aun como defensor de intereses sagrados que no son los míos, no tengo derecho de hacerlo.

— ¿Y no hay... preguntó Monks con voz temblorosa, no hay... otra alternativa?

— Ninguna, absolutamente ninguna.

Monks dirigió al anciano una mirada inquieta, pero al ver su actitud severa y resuelta, penetró en la habitación y tomó asiento encogiéndose de hombros.

— Cerrad la puerta con llave y venid cuando os llame, dijo Brunlow á los criados.

Obedecieron estos y los dos interlocutores quedaron solos.

— Por ser un antiguo amigo de mi padre, dijo Monks quitándose la capa y el sombrero, no hay duda que me tratáis bonitamente.

— Jóven, replicó Brunlow, yo era en efecto un antiguo amigo de vuestro padre; las esperanzas de mis juveniles años se fundaban en él y en su hermana, aquella hermosa niña que Dios llamó á sí en la primavera

de su vida, y que me dejó aquí abajo solo y aislado; vuestro padre se arrojó conmigo junto al lecho de muerte de aquella celestial criatura el dia mismo en que debiamos unirnos con sagrados lazos; desde aquella época mi desgarrado corazon le juró amistad eterna á pesar de sus faltas y errores; todos aquellos recuerdos, que aun llenan mi alma, se despiertan solo al veros; pero precisamente por todas estas razones os trato de la manera que veis. Si, Eduardo Leeford, os trato así aunque me ruborice de vergüenza al ver que deshonrais el nombre de vuestro padre.

— El nombre no hace al caso, dijo Monks, despues de contemplar con sorpresa la emocion de su interlocutor. ¿Qué me importa á mí el nombre?

— Nada, ya lo sé, contestó Brunlow; nada os importa; pero era el nombre de su hermana, y aun cuando han pasado tantos años, no olvidaré jamás la emocion que experimenté en otro tiempo al oírlo pronunciar. Me alegro mucho que hayais tomado otro nombre; creedme.

— Todo eso es muy bueno, dijo Monks, despues de un largo silencio, durante el cual estuvo haciendo gestos de amenaza, mientras Brunlow tenia el rostro cubierto con las manos; pero decidme adónde quereis ir á parar.

— Teneis un hermano, repuso Brunlow, dominando su emocion, un hermano cuyo nombre os he dicho al oírlo cuando os seguia por la calle, bastando esto para decidirlos á acompañarme hasta aquí, lleno de temor y sorpresa.

— Yo no tengo ningun hermano, contestó Monks, y sabeis muy bien que yo era hijo único. ¿A qué viene pues hablarme de un hermano que no existe?

— Escuchad lo que tengo que deciros, que acaso os interesará, replicó Brunlow. Sé perfectamente que sois el único y miserable fruto de un enlace fatal, que por orgullo de familia, y por la mas despreciable ambicion, obligaron á contraer á vuestro padre en su juventud...

— Poco me importan vuestros epitetos, dijo Monks sonriendo con descaro; reconocéis el hecho y esto me basta.

— Sí, pero sé tambien, continuó el anciano, cuántas desgracias, cuántos sufrimientos y angustias resultaron de union tan fatal; sé cuán pesada fué aquella cadena para los dos y de qué modo se emponzoñó para siempre la felicidad de su vida. Sé como á una estudiada galanteria sucedieron las disputas violentas, como á la indiferencia siguió el disgusto, á este el odio, y al odio la desesperacion; sé en fin que acabaron por separarse, y no pudiendo romper enteramente los lazos que solo la muerte debía desatar, resolvieron ocultar al menos su secreto bajo las apariencias de una perfecta armonia. Vuestra madre consiguió olvidarlo todo bien pronto; pero vuestro padre tuvo durante muchos años ulcerado el corazon.

— En fin, se separaron, dijo Monks; ¿y despues?

— Poco despues de su separacion, continuó Brunlow, vuestra madre encontró en el continente, distracciones frívolas que la hicieron olvidar completamente á su marido, que era diez años mas jóven que ella; en tanto que este, cuyo porvenir estaba perdido, permaneció en Inglaterra y tuvo nuevos amigos. Supongo que este detalle al menos no os es desconocido.

— Sí, á fé mia, contestó Monks, volviendo la cabeza y dando una patada en el suelo, como un hombre resuelto á negarlo todo; lo ignoro completamente.

— Vuestro tono, así como vuestras acciones, repuso Brunlow, me dan la seguridad de que, lejos de haberlo olvidado, no habeis dejado de pensar en ello con amargura. Os hablo de sucesos ocurridos hace quince años, cuando no teniais mas que once y vuestro padre treinta y uno, pues, lo repito, era casi un niño cuando le obligaron á casarse. ¿Será necesario remontarme á hechos que han de manchar la memoria de vuestro padre, ó quereis evitarme estos detalles, descubriéndome la verdad?

— Nada tengo que descubrir, contestó Monks con aire confuso, y podeis continuar si os place.

— Los nuevos amigos de vuestro padre, eran, un oficial de marina, retirado, cuya mujer habia muerto seis meses antes, y sus dos hijas, una de las cuales, hermosa como el sol, tenia diez y nueve años, y la otra dos ó tres.

— ¿Qué me importa á mí todo eso? preguntó Monks.

— Habitaban, continuó Brunlow, sin hacer aprecio de la interrupcion, á poca distancia de la casa de vuestro padre, y por lo tanto, trabaron bien pronto conocimiento, llegando á ser grande su intimidad. Vuestro padre era un hombre hermoso, tenia el talento y la gracia de su hermana, y el viejo oficial se prendió de su persona. ¡Ojalá que hubiera sido él solo! Desgraciadamente, le sucedió á su hija lo mismo.

El anciano se detuvo; Monks se mordía los labios sin apartar sus ojos del suelo.

— Al cabo de un año, continuó Brunlow, habia contraído compromisos formales con aquella pura y cándida niña á la que habia inspirado la primera, la única y verdadera pasion.

— Vuestra historia no se acaba nunca, observó Monks, agitando en su silla.

— Es una historia triste y dolorosa, jóven, dijo Brunlow, y estas historias son generalmente largas. Si tuviera que referiros algun cuento de felicidad, podeis estar seguro que seria muy corto. En fin, uno de aquellos parientes ricos cuya benevolencia y proteccion se trató de asegurar sacrificando á vuestro padre, murió de pronto, y para reparar el mal de que habia sido la causa indirecta, le dejó lo que él creia una panacea

universal contra todas las penas... esto es, dinero. Fué pues preciso que vuestro padre marchase inmediatamente á Roma, donde acababa de morir dicho pariente, dejando todos sus negocios muy embrollados; pero apenas llegó, sintióse á su vez atacado de una enfermedad mortal. Al saberlo vuestra madre, que estaba en Paris, fué á reunirse con él, llevádoos en su compañía, mas al dia siguiente de su llegada, murió vuestro padre sin dejar ningun testamento, *ningun testamento*, ¿me entendéis? De este modo toda la fortuna recaia en vuestra madre y en vos.

Al llegar á este punto, Monks, sin respirar apenas, escuchaba con singular atencion, aun cuando sus ojos no se fijasen en el narrador. Cuando Brunlow dejó de hablar, cambió de postura, como un hombre que experimenta un alivio inesperado, y se pasó una mano por por su ardorosa frente.

— Antes de ponerse en camino, vuestro padre pasó por Londres, dijo Brunlow con lentitud, mirando fijamente á su interlocutor, y vino á verme.

— Nunca he oído hablar de eso, repuso Monks con aire de afectada incredulidad, mas no sin experimentar una desagradable sorpresa.

— Vino á verme y me dejó entre otras cosas un retrato, sí, un retrato de aquella pobre jóven, pintado por él mismo, el cual no pudo llevar consigo con gran sentimiento suyo. Me dijo en términos vagos é incoherentes que habia perdido y deshonrado á una familia, y me manifestó asimismo que tenia la intencion de convertir su fortuna en fincas para aseguraros, á vuestra madre y á vos, una parte de los bienes últimamente adquiridos, despues de lo cual iba á expatriarse para siempre. Mas ¡ay! aquella era nuestra última entrevista; ni recibí ninguna carta suya ni le volví á ver. Me dirigi, pues, prosiguió Brunlow despues de una pausa, al lugar de su... — bien puedo decirlo puesto que ya no existe — de su culpable amor, resuelto, si mis temores se realizaban, á ofrecer á la pobre niña abandonada una casa para vivir y un corazon para consolarla. Su familia habia abandonado el país ocho dias antes, despues de pagar algunas cortas deudas, y como salieron durante la noche nadie pudo decirme el motivo de su viaje.

Monks respiró con mas libertad y dirigió á su alrededor una mirada de triunfo.

— Cuando vuestro hermano, prosiguió Brunlow, acercando su silla á la de Monks, cuando vuestro hermano, pobre niño abandonado, débil y cubierto de harapos, se encontró en mi camino, no por casualidad, sino providencialmente, y fué salvado por mí del vicio y de la infamia...

— ¡Cómo! exclamó Monks estremeciéndose.

— Sí, por mí, repuso Brunlow; ya os dije que mi historia acabaria por interesaros. Veo que el juicio, vuestro astuto cómplice, no os ha dicho mi nombre, á bien que ha debido creer que no lo sabiais. Tan pronto como aquel niño, salvado por mí, comenzó á restablecerse en mi casa de su enfermedad, su extraordinaria semejanza con el retrato de que os he hablado hace poco, me llenó de asombro. Desde la primera vez que le ví, á pesar de su miseria y de sus harapos, observé en su semblante una expresion de languidez que me recordó de pronto como en un sueño las facciones de aquella á quien tanto habia querido. No necesito deciros qué existencia arrastraba antes de que yo conociese su historia.

— ¿Por qué? preguntó Monks con viveza.

— Porque conoceis todos esos detalles tan bien como yo.

— ¡Yo!

— Seria inútil negarlo, contestó Brunlow; ya os demostraré que sé otras muchas cosas.

— No podeis aducir ninguna prueba contra mí, balbuceó Monks; os desafío á que la presenteis.

— Ya veremos, replicó Brunlow lanzando á Monks una mirada penetrante. Se me perdió el chico; todos mis esfuerzos para encontrarle fueron inútiles, y como vuestra madre habia muerto, comprendí que vos érais el único que podia aclarar este misterio. Sabiendo que habiais marchado á vuestras posesiones de las Indias occidentales, adonde os dirigisteis despues de la muerte de vuestra madre para evitar aquí enojosas persecuciones, hice yo tambien el viaje para ver si poda encontraros; pero á mi llegada ya no estábais en aquel país, y aun cuando se suponía que habiais vuelto á Londres, nadie pudo indicarme vuestro paradero ni darme las señas. Volví á Inglaterra, donde tampoco me dieron razon vuestros correspondientes, pues segun me dijeron ibais y veniais de la manera mas irregular, permaneciendo en un mismo sitio varios dias y desapareciendo despues durante meses enteros. Debí suponer que podria hallaros en los mismos sitios que frecuentábais cuando érais un jóven indomable, asociado con infames compañeros, y en consecuencia fatigué á todos con mis preguntas, registré las calles noche y dia, y hasta hace dos horas, mis esfuerzos habian sido completamente inútiles. Nunca conseguí llegar á veros.

— Y ahora me veis á vuestro placer, ¿no es verdad? exclamó Monks levantándose con aire resuelto. ¿Y bien! ¿qué tenemos? Hablais de fraude y falsificacion, y creéis justificadas estas palabras por no sé qué semejanza con un miserable, que segun decis es mi hermano. Pero ¿podreis asegurar que no ha resultado ningun otro hijo de aquel enlace? ¿Teneis alguna prueba?

— Yo no lo sabia, replicó Brunlow levantándose tambien, pero hace quince dias lo he averiguado todo. Teneis un hermano, y no solo lo sabeis sino que le conoceis. Habia un testamento que vuestra madre destruyó, confiándoos el secreto antes de morir, y en aquel testa-

mento se trataba de un niño, que evidentemente fué el fruto de aquella desgraciada union. Vos encontrásteis á ese niño, y habiendo despertado vuestras sospechas la semejanza que tenia con su padre fuisteis al lugar de su nacimiento, donde habia pruebas, hacia mucho tiempo ocultas, de su origen y parentesco con vos. Os apoderásteis de esas pruebas, y despues de destruirlas dijisteis al judío, vuestro infame cómplice, las siguientes palabras: «Las únicas pruebas de la identidad del niño están en el fondo del río, y la miserable vieja que las recibió de la madre está pudriéndose en el otro mundo.» Hijo desnaturalizado, cobarde calumniador, vos, el que asiste á conciliábulos nocturnos protegido por las tinieblas en lugares sombríos, donde solo se reunen los ladrones y asesinos; vos, cuyas infames tramas han causado la muerte violenta de una persona que valia mil veces mas que vos; vos, que desde la cuna habeis sido la causa de las penas y desesperacion de vuestro padre, y que llevais en el rostro, verdadero espejo de vuestra alma, las huellas de las vergonzosas enfermedades que debeis á las mas viles pasiones, al vicio y á la disolucion... Eduardo Lee-ford, ¿os atreveis á retarme todavia?

— No, no, contestó el miserable Monks, agobiado bajo el peso de tantas acusaciones.

— No hay una palabra, continuó el anciano, no hay una palabra que yo no sepa. Aquellas sombras que visteis en la pared han sorprendido vuestros secretos y me los han revelado. La vista de ese niño perseguido sin tregua, ha conmovido al vicio mismo, dándole los atributos de la virtud. Se ha cometido un asesinato del que sois el cómplice, moral ó realmente.

— No, no, interrumpió Monks; yo no sé nada de lo que ha pasado; iba á enterarme de la verdad del hecho cuando me habeis sorprendido en la calle. Yo ignoraba la causa de la muerte y creia que era á consecuencia de una disputa.

— Esa mujer ha sido asesinada por revelar una parte de vuestros secretos; ¿quereis revelármelos todos?

— Sí.
— ¿Quereis escribir de vuestro puño y letra un reconocimiento sincero de los hechos, y confirmarlo delante de testigos?

— Os lo prometo.
— ¿Quereis permanecer aquí quieto hasta que se redacte ese documento, y acompañarme despues al sitio que me parezca conveniente para hacer vuestra declaracion?

— Si teneis empeño en ello, consentiré, replicó Monks.

— Deberiais hacer mas aun, dijo Brunlow; deberiais restituir á un niño inocente la fortuna que le ha sido destinada. Supongo no habeis olvidado las cláusulas del testamento; cumplid con ellas en lo que concierne á vuestro hermano, y marchaos despues adonde querais, pues ya no tendremos necesidad de volveros á ver en este mundo.

Monks, luchando entre el temor y el odio, se paseaba de un extremo á otro de la habitacion con aire sombrío, reflexionando sobre la proposicion que acababan de hacerle y en el medio de eludirla, cuando se abrió bruscamente la puerta, y entró el doctor, presa de la mas violenta agitacion.

— Esta noche cogerán á ese hombre, exclamó, estad seguro de ello.

— ¿El asesino? preguntó Brunlow.

— Sí, si, contestó el doctor; se ha visto á su perro vagar en los alrededores de un viejo caseron, y como es indudable que su amo está oculto allí, irán á sorprenderle á favor de la oscuridad de la noche. La policia vigila por todas partes; he hablado con los hombres encargados de prenderle, y me han dicho que es imposible que se escape. El gobierno ha prometido una recompensa de cien libras al primero que le coja.

— Yo ofrezco cincuenta mas, y si llego á tiempo, voy á publicarlo en los sitios de costumbre. ¿Dónde está Maylie?

— ¿Enrique? contestó el doctor; apenas os vió subir en el coche sano y salvo, se fué corriendo al sitio donde se busca al asesino, para unirse á los que le persiguen.

— ¿Y el judío? preguntó Brunlow, ¿qué noticias hay de él?

— No le han cogido aun, pero es indudable que le cogerán y acaso lo hayan hecho ya.

— ¿Habeis tomado vuestro partido? preguntó Brunlow á Monks en voz baja.

— Sí, contestó este; vos, ¿vos me guardareis el secreto?

— Sí, permaneced aquí hasta mi vuelta; es vuestro único medio de salvacion.

Brunlow y el doctor salieron cerrando la puerta con llave.

— Y bien, ¿qué habeis hecho? preguntó Losborne en voz baja.

— Todo lo que esperaba, y aun mas: reuniendo los datos suministrados por la jóven con los que yo poseia, no le he dejado ninguna escapatoria, haciéndole ver tan claro como la luz del dia el horror de su conducta. Hacedme el favor de escribir, fijando la cita para pasado mañana á las siete; nosotros iremos algunas horas antes; pero será necesario que la señorita Rosa descansa un poco, pues acaso necesite mas valor del que creemos. La sangre bulle en mis venas al pensar que vamos á vengar á esa jóven asesinada; ¿qué camino han tomado?

(Se continuará.)

Mapa

DE LOS ESTADOS ROMANOS.

Las cifras que vamos á publicar á continuacion para acompañar al mapa de los Estados Romanos, están sacadas de dos documentos cuyo testimonio no se contestará, de los cuales el uno representa las estadísticas que ha dado á luz la imprenta cameral en Roma en 1866, y el otro es un cuadro de M. David Silvagni, sobre la situacion presente de los Estados Pontificios.

Los Estados Romanos comprenden cinco provincias cuyos nombres y poblacion son los que siguen:

	Habitantes
Provincia de Roma.	326,509
— Civita-Vecchia.	20,707
— Viterbo.	128,324
— Velletri.	63,013
— Frosinone.	154,559

Estas cinco cifras reunidas dan un total de. 692,112

Los judíos eran 8,000 en 1847 y en el dia han bajado á 4,500.

La poblacion eclesiástica ha doblado en estos veinte años.

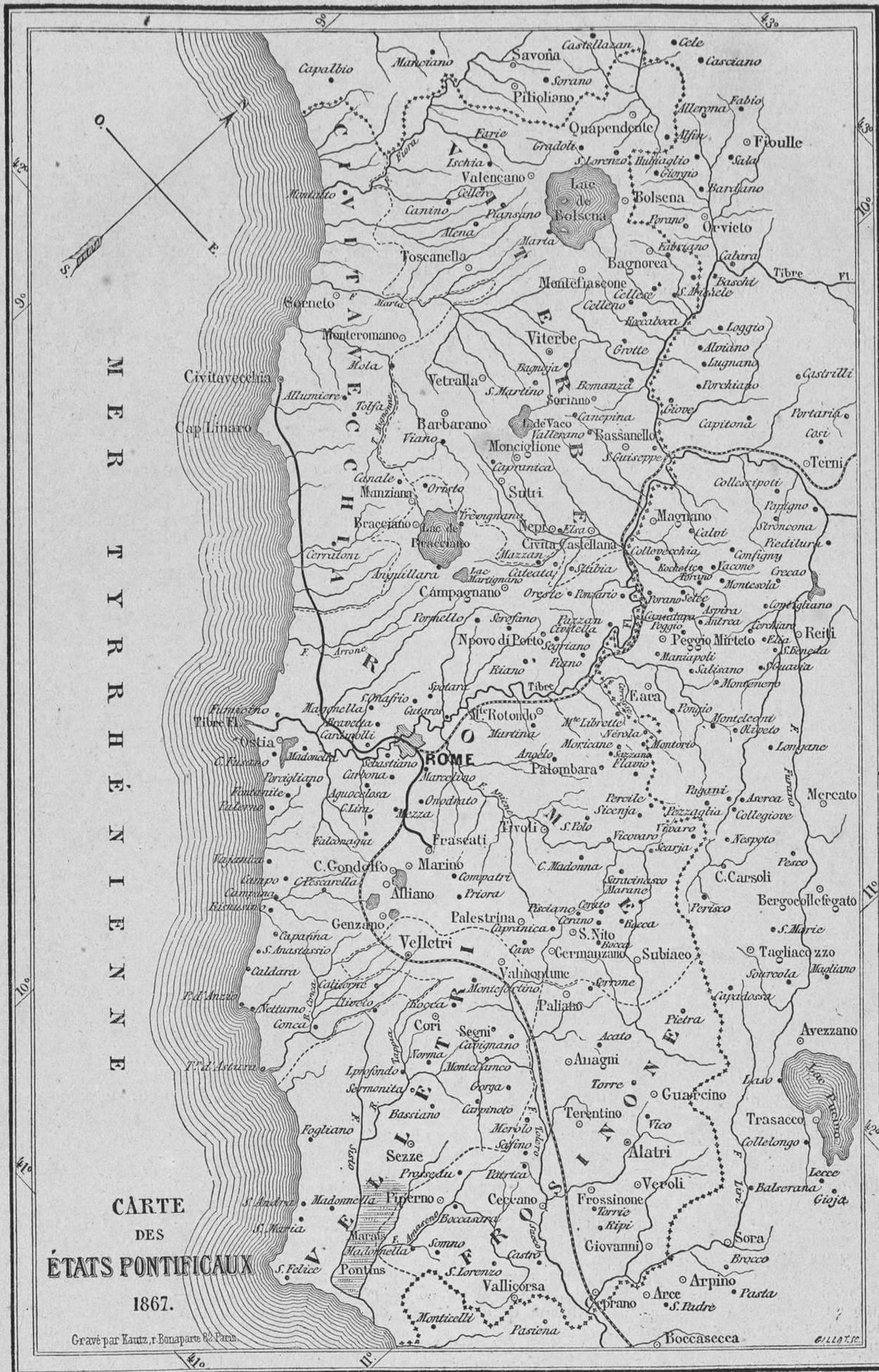
En 1853, habia solamente 4,500 religiosos de ambos sexos y hoy hay 8,000.

En Roma se concentra, digámoslo así, todo el movimiento de las instituciones religiosas del papado. Roma cuenta 61 congregaciones ú órdenes diversas, 29 seminarios ó colegios, y solo la enumeracion de estas comunidades exigiria un artículo.

La industria local no ha hecho grandes progresos. Desde hace años no se han aumentado las 47 fábricas de tejidos de algodón, que señalan las estadísticas.

Los Estados actuales del papa ocupan una superficie de 11,000 kilómetros cuadrados. Cincuenta mil hectáreas de este terreno son pantanosos y están sin cultivo alguno. La propiedad territorial pertenece casi toda á la Iglesia. El *Agrum romano*, que es de 205,000 hectáreas de superficie, pertenece á las corporaciones religiosas ó á la alta nobleza. Solo el cabildo de San Pedro posee 22,000 hectáreas, y las corporaciones religiosas 17,000 hectáreas; el Santo oficio, 6,000 hectáreas; el cardenal decano, 3,220 hectáreas y 33,000 hectáreas á varias iglesias, abadías, etc. En la ciudad de Roma las dos quintas partes de las construcciones pertenecen á manos muertas.

R. DE M.



Mapa de los Estados Romanos.